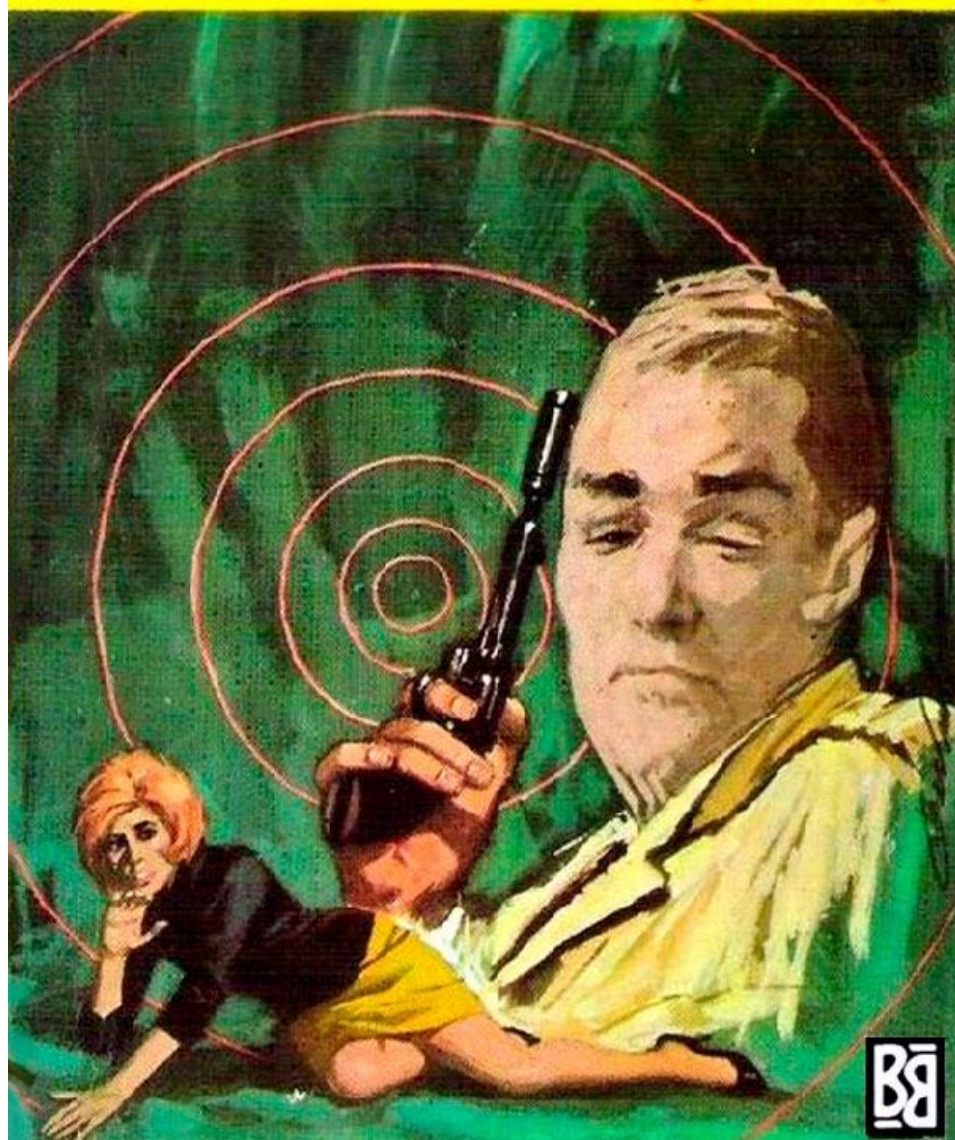


PUNTO
ROJO

misión: hallar a Fobos

ralph barby



COLECCION

PUNTO ROJO





RALPH BARBY

MISION: HALLAR A FOBOS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 289
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 28.970 - 1967

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: noviembre, 1967

© RALPH BARBY - 1967
sobre la parte literaria

© ANTONIO BERNAL - 1967
sobre la cubierta

© ALTAMIRA - 1967
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección COLORADO:

515 — Un amigo leal.

En Colección KANSAS:

449 — La horca espera una mujer.

En Colección CALIFORNIA:

577 — El tesoro de los confederados.

En Colección BRAVO OESTE:

322 — El gigante del "Trail".

En Colección SERVICIO SECRETO:

873 — Luna vieja llamada Calígula.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

156 — El loco ratón.

En Colección TEXAS:

596 — Satanás.

En Colección PUNTO ROJO:

280 — Embrión del F. B. I.

En Colección ASES DEL OESTE:

436 — El *marshall* de hielo.

CAPÍTULO PRIMERO

Walter van Hutowy finalizó por aquella mañana las visitas en el despacho de su propia mansión, ubicada en el lujoso Bronx neoyorkino.

La cirugía estética, era la especialidad de Van Hutowy, el doctor más cotizado en su especialidad dentro de los Estados Unidos. Sin embargo, su ambición de dinero para conseguir con él altos puesto en la política, le obligaba a utilizar su profesión de un modo oscuro e ilícito.

Se quitó las gafas. Secó los cristales con un pañuelo de celulosa, que luego arrojó con maestría habitual al interior de la papelera, y se dirigió a su enfermera.

—Señorita, puede recoger sus cosas y retirarse.

—¿No piensa recibir a nadie más, doctor?

—No. Ponga en la puerta el cartelito de que no se reciben más visitas.

—Bien, doctor —asintió la joven, morena, de redondeada silueta.

Pacientemente, el reconocido maestro en la cirugía estética esperó a quedarse solo. Cuando lo hubo conseguido, se frotó las manos.

Pasó del despacho por una puertecilla interior al pequeño garaje particular de su mansión, en el que destacaban dos automóviles tan potentes como lujosos. Uno de ellos era un «Cadillac» descapotable, y el otro, un «Buick» negro muy cerrado.

Sorteó los coches para encararse con una gran tabla de madera en la que se hallaban prendidas toda clase de herramientas y útiles para automóvil. Pulsó un resorte disimulado en la madera, y la gran tabla se corrió dejando una puerta al descubierto.

Van Hutowy se introdujo por ella. Cerró tras de sí, y comenzó a descender por una angosta escalera.

El sótano de su casa poseía una clínica reducida, pero con material costoso y completo.

La silueta de un hombre apareció inesperadamente ante él, sobresaltándolo, ya que se hallaba ensimismado.

—Hola, doctor.

—Ah, hola, David. ¿Cómo sigue nuestro hombre?

El tal David vestía de blanco de pies a cabeza. Era un enfermero sin demasiados escrúpulos, encadenado al dinero que ganaba fácilmente a las órdenes del cirujano.

—En estado inmejorable, doctor.

—Mejor. Hoy debe acabar su cura. Vamos a quitarle las vendas y a contemplar nuestra obra.

—Que así sea, doctor. Nuestro hombre tiene mucho dinero y pagará bien el trabajo.

—Eso espero —asintió con una sonrisa Van Hutowy, echando a andar.

Aquella mini clínica comprendía dos habitaciones, perfectamente acondicionadas, y un quirófano que aun siendo pequeño hubiera despertado el asombro de cuantos especialistas lo contemplasen, por lo perfecto y acondicionado.

El enfermero abrió la puerta correspondiente a la habitación de su cliente y Van Hutowy pasó al interior de la estancia.

—Buenos días, doctor.

Quien acababa de saludarle era un hombre, al menos, este sexo podía deducirse por la gravedad de la voz, ya que su cabeza se hallaba totalmente cubierta de vendajes.

Sólo a través de dos orificios veíanse unas pupilas inquietas y cónicas. Otra abertura, a la altura de la nariz, dejaba pasar la respiración. En la boca había también un corte en los vendajes, y sus manos semejaban dos manoplas níveas.

—¿Cómo se encuentra esta mañana?

—Muy bien, doctor —contestó el enfermo, que permanecía sentado sobre la cama. Entre sus manos vendadas sostenía el «New York Herald Tribune»—. ¿Van a sacarme las vendas de una maldita vez?

—Sería mejor aguardar unos días más para estar seguros del

éxito.

—Lo siento, no puedo esperar más. Necesito salir hoy de aquí.

David miró a su jefe. Éste forzó una sonrisa y preguntó con matiz irónico:

—¿Tanta prisa tiene por abandonarnos? ¿Acaso la espera una chica?

—Algo mejor, doctor. No puedo faltar al entierro de Carlo Leoni Esperati, mejor dicho, a la ceremonia de cremación de sus restos que se efectuará dentro de pocas horas en Brooklyn.

El cirujano quedó perplejo.

—¿Está bromeando? Si Carlo Leoni Esperati es usted...

El sujeto de la cama, que parecía un monstruo escondido entre un montón de vendajes, rió de forma escalofriante antes de aclarar:

—Está muy poco al corriente de las noticias del día, doctor. En este «Herald» que me ha traído David se puede leer la gran noticia. Mire, mire, en primera página a dos columnas y con inserción de fotografías y todo.

Walter van Hutowy observó molesto a su ayudante y éste, encajando la muda diatriba, se apresuró a disculparse.

—No me he dado cuenta. He traído los periódicos doblados y no he leído la noticia.

—Lea doctor, lea.

El cirujano tomó el periódico y éste tembló entre sus dedos.

En efecto, en primera plana y con grandes caracteres rezaba:

«CARLO LEONI ESPERATI, EL ENEMIGO NUMERO UNO DE LA SOCIEDAD, HA MUERTO. HOY SERÁN QUEMADOS SUS RESTOS, ASÍ LO DEJO ESCRITO EN SU TESTAMENTO EL FAMOSO FALSIFICADOR»

—Esto parece increíble —musitó el cirujano mientras el enfermero también trataba de leer por encima de su hombro.

—Siga, siga leyendo, doctor —indicó sin dejar de reír el extraño sujeto que seguía sentado sobre la cama.

—«Carlo Leoni Esperati, falleció de una simple y vulgar embolia cerebral y en su lecho. El famoso *gángster* ha muerto como no merecía». —Leyó en voz alta Van Hutowy.

—¿Y qué le parece la fotografía?

Las pupilas del galeno se dilataron por el asombro.

—Es increíble, es su propio rostro. ¿Cómo lo han conseguido?

—Ah, querido doctor, yo tengo mis amigos que hacen trabajos tan perfectos como usted, claro que no sobre algo vivo, sino con mascarillas de cera.

—¿Y quién es este infeliz al que han colocado en la fotografía con la mascarilla de cera de que me habla?

—¿Quién es? Por Satanás que ni yo mismo lo sé. Mi esposa y mis amigos se habrán encargado de buscarme sustituto. Quien sea no importa sólo importa que Carlo Leoni Esperati va a ser quemado a los ojos del mundo.

El médico plegó el periódico y lo arrojó sobre el lecho, comentando:

—Un trabajo perfecto, Esperati, digno de usted. No sólo ha cambiado su rostro sino que se ha hecho matar a sí mismo. Si la operación resulta un éxito, será usted un hombre nuevo, irreconocible. Nadie podrá pensar en quien se esconde realmente tras esa máscara que yo he creado.

Esperati rió por bajo. Se sentía satisfecho, aunque en el fondo aún estaba un poco inquieto. Le faltaba averiguar qué había quedado tras los vendajes que le cubrían.

—Dese prisa, doctor, en quitarme estas vendas. No quiero llegar tarde a mi funeral.

—De acuerdo. David, empieza a quitarle las vendas de las manos.

En silencio, el enfermero liberó las manos de los vendajes. Poco después, Carlo Leoni se las contemplaba satisfecho.

—Es extraordinario, doctor. —Levantó los ojos para mirar al artífice de aquella obra—. Ya no tengo huellas digitales.

—Ha sido algo muy difícil de conseguir. De cada mil veces, sólo una sale bien. He podido quitarle todas las yemas de los dedos y poner en su lugar injertos de piel y carne de su propia región glútea. Se han unido bien una carne a la otra y ya no volverá a tener jamás huellas que le delaten.

—Magnífico, ahora veamos la cara —apremió.

Walter van Hutowy, al igual que David, se sentía contento por su trabajo, aunque en el fondo temía a aquel monstruo que estaba

creando.

Las vendas comenzaron a salir una tras otra. En el ambiente había un estado de tensión, casi de angustia.

Cuando el rostro estuvo al descubierto, el cirujano quedó como extasiado ante su obra.

—Increíble, soy el primer sorprendido. Jamás hubiera pensado que pudiera lograr algo tan perfecto y que el que lo consiguiera fuera yo, precisamente.

—¡Un espejo, rápido, un espejo!

Ante el manoteo casi enloquecido de Esperati, David se apresuró a tenderle un espejo no mayor de siete pulgadas de diámetro.

—Éste le servirá.

Carlo Leoni se encaró con él.

Lo que vio, primero le hizo abrir los ojos asombrosamente y luego comenzó a reír, cada vez más fuerte, hasta que su hilaridad semejó la de un loco. Al menos, ésta fue la impresión que produjo al galeno.

En el espejo vio Esperati un rostro de piel fina, casi sonrosada como la de un bebé. Su configuración era perfecta y exacta a lo que él había soñado. Aquella faz de pesadilla era suya, totalmente suya.

—Cuidado, Esperati, no se ría tanto, que usted mismo puede destruir el trabajo. No puede abusar de los gestos hasta que transcurra un mes por lo menos. De lo contrario, la piel podría despegársele de múltiples sitios.

—Está bien, doctor —asintió con un largo suspiro para cortar su neurótica hilaridad. Tomó una fotografía que siempre había guardado en el cajón de la mesita y la puso junto al espejo para comparar.

—Le parece perfecto, ¿eh, Esperati? —intervino David sonriendo con intención de halagarlo. Pronto llegaría la hora de pagar, y una propina había que ganársela a pulso.

—Sí, ahora la foto es exacta a mi cara.

—¿Por qué tanto empeño en parecerse a una fotografía, Esperati? —preguntó Van Hutowy, que desconocía los proyectos y propósitos de su cliente.

El enfermero, tratando de adivinar, opinó:

—Quizá ese hombre ya esté muerto y no haya quien le relacione con él.

—Eso es un secreto, un secreto que guardaré muy bien para mí —dijo Carlo Leoni.

El célebre falsificador saltó de la cama y quedó en pie frente a los dos. El cirujano le detuvo.

—No tanta prisa, Esperati. Yo he hecho una obra de arte, usted está satisfecho de ella, y ahora deseo cobrar. No pensará marcharse para luego volatilizarse y que me sea imposible encontrarlo, ¿eh? Sabe que la anulación de sus huellas digitales y el cambio de rostro va a costarle medio millón, no lo puedo hacer por menos. Expongo mucho en esto, toda mi carrera, y no es por decirlo, pero estoy en la cumbre de ella.

—¿No se fía de mí, doctor? —preguntó Esperati, cínicamente.

—Francamente, no. Nunca me he fiado de nadie.

—Pero ¿cómo voy a pagarle, si usted me obligó a —venir a su clínica clandestina con los bolsillos vacíos? Al entrar aquí exige que no se lleven armas en los bolsillos, por temor a que pretendamos un silencio efectivo y completo por su parte.

—Esperati, es usted muy listo y astuto, un hombre capaz de burlar al propio Satanás. Se ha hecho matar a sí mismo y luego quemar sus restos para que jamás puedan identificarlo. Por tanto, no puede telefonar a un Banco para que me abonen mis honorarios.

—Eso no es problema, doctor. Usted sabe que tengo dinero para pagarle —dijo sin dejar de sonreír.

—Lo sé, pero quiero el dinero ahora, David, ve al teléfono y llama a la casa de nuestro cliente. Ponte al habla con su esposa, creo que se llama Nora, ¿verdad?

—Sí, doctor, también es usted listo. ¿Va a pedirle a mi esposa que traiga el medio millón aquí?

—Es lo que pretendo. Después, ambos podrán marcharse para presenciar los funerales y la cremación de los restos.

—Bueno, doctor, es una excelente idea. Yo le comprendo, si se trabaja hay que cobrar.

David abandonó la habitación, para ir en busca del teléfono. Mientras, Esperati se volvió hacia la cama, y como si pretendiera leer el periódico, se inclinó.

De una fisura del colchón, su mano extrajo un largo y afiladísimo bisturí, utilizado para grandes y profundas incisiones.

Después, se giró rápidamente hacia Hutowy.

—¿Qué es esto? —Gruñó el médico aterrorizado al ver brillar el acero.

—Me impidió traer armas, pero yo he sabido agenciarme una de su propio quirófano.

A Esperati, hábil con las armas blancas, no le costó yugular a Van Hutowy. Éste, degollado, seccionadas sus cuerdas vocales, fue incapaz de gritar.

Se llevó las manos al cuello y éstas se llenaron de sangre que escapaba a borbotones. Se derrumbó sobre la cama y después fue resbalando hasta quedar tendido en el suelo, bañado en su propia sangre.

—Ahora sí estaré seguro de tu silencio, doctor —rió Esperati por lo bajo.

Todavía con el bisturí en la mano, se pegó a la jamba de la puerta y esperó con los nervios en tensión.

No tardó en escuchar pasos que se fueron acercando, Al poco aparecía David en el umbral.

—Ya está su esposa al aparato —dijo casi mecánicamente, como si durante el corto trayecto del teléfono a la habitación hubiera estado pensando en lo que tenía que decir.

Quedó sorprendido al no ver a nadie frente a él, ya que el cadáver de Van Hutowy quedaba al otro lado de la cama y por tanto invisible a sus ojos.

Dio media vuelta y se encaró con Esperati.

—Magnífico, David, si es que mi mujer me espera.

—Eh, pero ¿y el doctor?

—Ahí detrás.

David se volvió hacia la derecha, y el bisturí entró en su cuerpo limpiamente, como si Esperati fuera un cirujano.

—¡Maldito! —Gruñó el enfermero. Herido de muerte, intentó sacar una pequeña pistola que siempre guardaba en su bolsillo para el caso de algún cliente no demasiado tranquilo o algún mirón indiscreto.

—Quieres otra, ¿eh? —sonrió Carlo Leoni.

Le asestó un segundo golpe de bisturí, y el enfermero se derrumbó ya en estado de coma. Poco más tarde habría de expirar desangrado, sin que una mano se tendiera hacia él.

Esperati tomó la pistola de David y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta que sacó del armario.

Tras vestirse rápidamente, sin importarle poco ni mucho los dos cadáveres que yacían en el suelo, fue hasta el teléfono y cogió el auricular.

—¿Eres tú, Nora?

—¡Carlo! —contestó una voz femenina al otro lado del hilo—. ¿Qué te ha ocurrido? Hace rato que espero al teléfono. Creí que se había cortado la línea.

—No vuelvas a llamarme por mi nombre, alguien podría sospechar.

—De acuerdo, pero ¿qué piensas hacer ahora? Estamos a punto de llevarte..., bueno, ya me entiendes, al crematorio. Allí se celebrará la última ceremonia delante de los amigos.

—Bien, id todos allá, que no falte nadie. Quiero reuniros para hablaros sobre mis nuevos planes. Que no falte nadie...

—Bien, así lo haremos. Pero dime, a ti...

Esperati no la dejó terminar y colgó. No deseaba hablar más por teléfono, podía resultar peligroso.

Subió las escaleras. Tocó el resorte que franqueaba la puerta camuflada tras la tabla de herramientas y salió al garaje.

Por unos instantes observó los dos coches, pareciéndole mejor el «Buick». Comprobó que el depósito de carburante estuviera lleno y levantando la capota del motor maniobró en los cables del contacto.

Lo puso en marcha prescindiendo de la llave. Cerró luego la capota y montando en el auto maniobró con el volante.

Le fue fácil sacar el «Buick» de la lujosa mansión ubicada en el Bronx. Nadie le interceptó el paso.

Ya rodaba por las calles de la populosa Nueva York, divisando, todavía lejos los gigantes de acero y hormigón, cuando abrió la ventanilla y el aire acarició su nuevo rostro, dándole una sensación de frescor. Se sentía plenamente satisfecho.

Condujo el «Buick» por el puente de la calle 139, y tras recorrer la avenida de Henry Hudson, fue hasta el muelle 76, lugar donde atracaban los grandes trasatlánticos.

Aparcó y fue hasta las casetas de consigna. Todas ellas relucían por estar construidas en acero inoxidable y según rezaban los letreros, a prueba de ladrones.

Carlo Leoni Esperati extrajo del forro de la chaqueta una llave y la introdujo en la casilla ciento tres. La puertecilla cedió y de su interior, con toda naturalidad sacó una cartera de cuero. Volvió a cerrar la casilla de consigna.

Con la cartera de regulares dimensiones colgando de la mano, tornó al «Buick». La dejó en el asiento contiguo e hizo rodar el coche que mantuviera al ralenti para no verse obligado a hacer los contactos otra vez, ya que carecía de llave.

Abandonó la estación marítima y pasó a Brooklyn por el puente de Williamsburg.

Cuando llegó a la calle 20, no tardó en ver varios coches situados ante la casa funeraria de incineración. Aparcó el «Buick» siempre dejando el motor en marcha y tomando la cartera se dirigió al entierro. Iba a ser uno más de los testigos de su propia cremación.

Dentro del local, donde había una doble hilera de bancos, se rezaban unas oraciones en voz alta.

Esperati, casi incapaz de contener una sonrisa de triunfo, se detuvo en uno de los últimos bancos. Todo iba perfecto. El féretro, con el cadáver, permanecía abierto aunque él no alcanzaba a verle la cara.

De pronto, el ceremoniante alzó la cabeza casi antes de finalizar los últimos rezos y dijo:

—Ahora, pasen por delante del féretro, será el último adiós a nuestro hermano Carlo Leoni Esperati. No juzguéis lo que fue en vida, sino el modo cristiano en que murió...

Siguió hablando. El verdadero Esperati ya no le oía, se hallaba pendiente de sus propios pensamientos.

Salió del banco con los demás y se aproximó al féretro. Cuando pudo ver el rostro del cadáver, sonrió satisfecho.

La mascarilla que habían aplicado a aquél infeliz, resultaba perfecta, era él mismo, cualquiera podría jurarlo, incluso los dos policías que habían asistido a la ceremonia. Seguramente, los jefes de la justicia estaban temerosos de que sucediera algún percance, dada la personalidad tumultuosa del fallecido.

Cuando prosiguió su camino de retorno al banco, pasó frente a Nora, su esposa, totalmente vestida de negro. A su lado permanecía Tony, su cuñado, y cerca de ellos sus mejores amigos. No faltaba ni

uno solo.

Varios le miraron con extrañeza. Otros, entre ellos su mujer y cuñado, con odio. Pero el verdadero Esperati que con la cartera en la mano seguía caminado hacia el banco, sonrió impasible. Estaba seguro de que no le habían reconocido.

La ceremonia prosiguió. Sus cuatro mejores amigos, todos miembros de su banda de falsificadores, levantaron el ataúd previamente cerrado.

Se abrió la boca del horno ya candente y el cadáver fue introducido en él. La tapa se cerró, haciendo desaparecer para siempre el cuerpo de un infeliz del que jamás habría de saberse nada.

Podía escucharse el crepitar de la madera dentro del horno a través de los rezos de conjunto. La gran superchería continuaba. Los policías resoplaban cansados de estar allí.

Esperati aguardó un cuarto de hora y luego salió del banco que ocupaba. Se adelantó con naturalidad hasta la tarima sobre la cual descansara con anterioridad el catafalco.

Todos le miraron perplejos, mas nadie movió un solo dedo para detenerle. Cuando llegó al objetivo deseado, se volvió hacia el público. Abrió la cartera y de su interior sacó un pequeño ametrallador de culata plegable con un cargador de sesenta balas con el que encañonó a cuantos tenía delante.

Al primer momento, la reacción fue de estupor. Los ojos de todos se agrandaron por el terror. Algunos sintieron escalofríos de pánico y muchos fueron los que, atenazados por el miedo, no fueron capaces de moverse.

La primera en gritar y caer fue la propia Nora, alcanzada por las balas.

Las ráfagas, lanzadas en forma de abanico, cumplieron su objetivo barriendo las dos primeras filas de los testigos que se hallaban en la funeraria. El tableteo del ametrallador cantaba a la muerte con la música de fondo del horno que incineraba un cadáver.

Esperati demostró que sabía utilizar un arma de fuego. Nadie se le opuso. Más de veinte personas salieron huyendo entre gritos de pánico mientras tras ellas quedaba un olor a pólvora quemada. Las rosas de las coronas exhalaban un tenue perfume que nadie notaba.

Los dos policías también habían caído, ni siquiera tuvieron tiempo de empuñar sus armas, pues habían sido cogidos por sorpresa como todos. Varios proyectiles se alojaban en sus cuerpos inertes.

No quedaba ya ningún testigo de cuantos le ayudaran a burlar al mundo y a escapar del brazo de la justicia que ya estaba próximo a caer sobre él.

Cambió el cargador por otro que llevaba en la cartera y se abrió paso a tiros hasta la calle.

Dos agentes, compañeros de los dos muertos y que prestaban servicio en la calle, para evitar en lo posible cualquier disturbio, trataron de cortarle el camino sin conseguirlo, ya que fueron partidos en dos por el plomo que tuvieron que encajar.

Esperati, sin dejar de disparar, logró alcanzar el automóvil sin contratiempos. Lo puso en marcha y salió a todo gas del lugar, desapareciendo sin que nadie lograra seguirle.

CAPÍTULO II

La proa del poderoso transatlántico *Verdi* enfiló hacia las aguas del Hudson River tras pasar junto a la estatua de la Libertad.

Comenzaba a anochecer. Las gigantescas moles de hormigón y acero de Manhattan iluminaban sus millares de ojos. A la izquierda quedaba Richmond también iluminado, pero un sosiego inconcebible en Manhattan se desprendía de él.

Violet Donovan, una pelirroja inglesa, alta, un tanto delgada, pero de redondeces pronunciadas y atractivas, se acodó en la baranda de estribor.

Se hallaba un tanto nerviosa. Era la primera vez que tenía ante sus ojos la ciudad de los rascacielos.

Richmond era algo similar al White Side londinense, no le interesaba tanto como Manhattan, con su multitud farragosa, su babel de idiomas y sus crímenes diarios, unos crímenes que ya no causaban horror a la gente atareada por coger el coche y llegar puntualmente a su oficina de Rockefeller Genter, para inclinar luego la cabeza sobre listas de nombres y números.

Aquellos delitos de toda índole eran algo normal, cotidiano, algo que sólo preocupaba a la policía en todas sus especialidades y a unos cuantos periodistas, unos honrados y otros vividores del gran escándalo.

El *Verdi* pasó ante el muelle 76, cruzando sobre el túnel de Lincoln. El muelle en que debía atracar, el 76, se hallaba ocupado por otros navíos y recibió órdenes de atracar en el 90.

Poco después, una gran multitud alzaba pañuelos, y el pasaje comenzó a descender por la pasarela.

Violet sabía que no la esperaba nadie. En realidad, su llegada a Nueva York debía producirse al día siguiente por vía aérea, pero

ella había preferido arribar un día antes y por mar.

Había soñado demasiadas veces en aquel viaje a bordo de un lujoso transatlántico como el *Verdi*. Estaba satisfecha de la travesía y ahora le quedaba una noche para ella sola en Manhattan. Al día siguiente ya no sería libre, era una invitada oficial de... Bueno, valía más no pensar en quién era Violet Donovan.

Sorteó con habilidad la presencia de un tipejo que había estado cortejándola durante todo el viaje y pasó a la estación marítima. Tras los trámites aduaneros quedó en el centro de una gran nave. De su equipaje se haría cargo el hotel en el que había tomado habitación, anticipadamente.

Abrió su bolso de mano y comprobó que sólo llevaba moneda inglesa. Buscó con la mirada la dependencia oficial de cambio de moneda y al descubrirla se dirigió a ella sin vacilar.

Alguien que la había estado observando atentamente, sorteó a la gente hasta colocarse a su altura.

—Señorita, perdone.

Violet se volvió hacia el sujeto en cuestión y le miró de frente, sin temor.

Aquel hombre ya era viejo, no demasiado, pero su espalda se curvaba bajo un peso a lo largo del tiempo y tenía la particularidad de hacer muecas constantemente. La inglesa supuso que estaría mal de los nervios o quizá fuera un alcohólico.

—¿Qué desea? No llevo dinero suelto.

—No, sino pido dinero, aunque me vea con el traje raído. Yo cambio moneda.

Violet lanzó una mirada a la oficina de cambio y después se encaró con aquel sujeto.

—Es ilegal lo que hace.

—Señorita, yo me gano la vida así, no encuentro empleo fácil y yendo dólares a cambio de moneda extranjera de curso legal. Usted es inglesa.

—¿Cómo lo sabe?

—He visto las etiquetas de sus maletas. Además, su modo de hablar resulta inconfundible.

—¿Se da cuenta de que si llamo a un policía le va a meter en la cárcel?

El sujeto sonrió complaciente, no parecía animado de malas

intenciones. Violet sabía que había millones de personas en todo el urbe que cometían delitos menores como aquél.

—Bueno, tiene razón, no le denunciaré, pero tampoco podrá hacer negocio conmigo. La mayor parte de mi dinero se tramita a través del Banco de Londres, y encima sólo llevo unas diez libras.

—Vaya, mala suerte —exclamó el sujeto, rascándose el cogote—. A pesar de todo, le ofrezco treinta dólares por ellas. Si va a la ventanilla sólo le darán veintisiete.

—¿De modo que usted me da a ganar tres dólares?

¿Por qué lo hace?

—Verá, señorita, no tengo mucho tiempo, pero se lo explicaré. Unos amigos me compran el dinero y luego adquieren a su vez material en el extranjero. Pagándolo con divisas que no pasan por el fisco se ahorran los impuestos, ¿comprende?

—Vaya, timando al fisco.

—Yo no timo a nadie, sólo compro dinero con dinero.

—Bien, le vendo mis diez libras.

La joven iba a abrir su monedero cuando el hombre la contuvo por el brazo, invitándola a seguirle. En voz baja dijo:

—Aquí no, se daría cuenta la «bofia» y me meterían en «chirona». Vayamos a una cabina telefónica.

—Como quiera, pero yo también tengo prisa.

Aquel sujeto, habituado a sus negocios fuera de la ley, condujo a Violet hasta una cabina, y allí, le cambió las diez libras esterlinas por dólares.

—Hasta otra. Si tiene más dinero para cambiar venga por aquí. Conmigo ganará.

Violet le vio alejarse rápidamente en busca de otro cliente para su mercado negro de divisas.

—Hum, este tipo no parece muy de fiar. Sería bueno que en mi primera noche en Nueva York me metiera en líos. Antes de guardar el dinero comprobaré que sea bueno.

Alzó los billetes de a diez dólares y los miró al trasluz uno por uno. Su rostro no reflejaba nada, y no siquiera se percató de que era observada desde lejos con desconfianza.

Violet, todavía con los billetes en la mano, recordó de pronto:

«Tengo que telefonar a Roy Cameron y me he descuidado todos los papeles en la maleta. Será mejor que pregunté a un policía su

número de teléfono, ellos deben saberlo o al menos me ayudarán a encontrarlo. Después de todo, obraría mal si dejara que fueran a esperarme mañana al aeropuerto Kennedy».

Buscó con la mirada a un agente de uniforme, y con paso decidido caminó hacia él.

El tipo que se dedicaba al contrabando de divisas, al verla conversar con el policía, sintió miedo. Sus rodillas comenzaron a temblar. No deseaba verse tras unas sólidas rejas.

Se giró bruscamente con intención de huir y derribó con violencia a un chiquillo que había a su espalda.

—¡Bestia! —increpó la madre a pleno pulmón, mientras el pequeño rompía a llorar a gritos.

—¡Ahora verás, gamberro!

El padre de la criatura trató de detener al contrabandista y se intercambiaron varios puñetazos. El delincuente logró escapar, no sin llamar la atención del policía, que hizo sonar un silbato.

Violet les siguió, deseaba ver cómo acababa aquello. Después de todo, el contrabandista parecía un sujeto interesante y si decía algo implicaría a ella en su delito, que había cometido para informar más tarde de él. Aquella había sido su verdadera intención.

La persecución se tornó espectacular. Todo el mundo trataba de cortar el paso al fugitivo, pero éste, como rata acorralada, salvaba los obstáculos con increíble celeridad.

Salieron de la estación marítima. El contrabandista atravesó la gran calzada, sorteando multitud de autos que circulaban en ambas direcciones.

No lograron lo mismo sus perseguidores. De pronto, al otro lado de la calzada, un «Chevrolet» con varios ocupantes se detuvo apenas unos segundos ante el extraño sujeto.

Cuando arrancó de nuevo, diluyéndose en la circulación, todos vieron con horror que el fugitivo yacía en el suelo bañado en sangre.

Los primeros en llegar junto al caído fueron el policía y Violet Donovan.

—Está apuñalado en el estómago —observó en voz alta la pelirroja.

El hombre se volvió hacia ella y preguntó perplejo:

—¿Conocía a este tipo?

—No, pero espere, parece que todavía vive y quiere decir algo.

El defensor de la Ley, se inclinó sobre el moribundo, que sangraba abundantemente y trató de incorporarlo.

—¿Quiénes le han apuñalado? —inquirió recio, sin demasiadas consideraciones a su estado agónico.

—Fobos, Fobos... —repitió con voz apenas audible. Exhaló el último estertor y de su boca escapó un borbotón de sangre. Después giró la cabeza para dejarla caer, inerte.

Una mujer gritó y hubo de ser sostenida para que no se derrumbara en la calzada. La impresión del borbotón de sangre la había excitado.

—Ha muerto —murmuró Violet Donovan, volviendo sus ojos en la dirección que desapareciera el «Chevrolet».

Ni ella ni nadie había sido capaz de anotar su matrícula y aunque lo hubieran hecho, de nada habría servido. Una placa resulta demasiado fácil de cambiar.

El «Cadillac» rojo aparcó frente a las oficinas del Federal Bureau of Investigation, de forma espectacular. Los neumáticos chirriaron y la goma dejó sus huellas sobre el asfalto.

—Bueno, pequeña, ya nos volveremos a ver.

La fémina, una rubia, soltó el volante.

—Espera, Dan. ¿Cuándo volveremos a vernos?

—Lo ignoro, ya sabes cómo es el servicio. Hay que estar siempre a punto para marchar a la China si es preciso —replicó Dan War un tanto burlón.

Dan War tenía treinta años. Su elevada estatura, las espaldas amplias que sin restarle elegancia, le conferían un aire deportivo, su cabello rubio abundante y lacio y las pupilas gris-azuladas, frías y ardientes a un tiempo, conseguían de las hijas de Eva todo lo que se proponía.

—Cariño, ya sabes que no puedo pasarme sin ti más de dos días. Me haces falta.

Dan War, aunque se lo propuso, no consiguió escapar a los sedosos brazos que se cerraron alrededor de su cuello.

El beso que ella le dio hizo detener a varios transeúntes. Algunos claxons comenzaron a sonar estridentes.

Cuando la caricia concluyó, ambos respiraron hondo.

Las mejillas de la rubia estaban tan rojas como la carrocería de

su lujoso «Cadillac».

—Pequeña, ahí vienen a colocarte una multa —dijo War, señalando hacia atrás.

La mujer volvió la cabeza y aquel instante fue aprovechado por el federal para saltar por encima de la portezuela sin entretenerse a abrirla.

Seguidamente, corrió hacia el edificio del

F. B. I.,

sobre cuya puerta podía verse el popular escudo en el que destacaban las balanzas de la justicia, el laurel y las tres barras.

—¡Dan, Dan!

La llamada de la joven no obtuvo respuesta. War subió las escaleras y se internó en las oficinas.

La rubia esbozó un mohín de disgusto y haciendo rodar su descapotable rojo con gran ronquido de motor, se alejó rápidamente, introducida de lleno en la vorágine del tráfico neoyorkino.

—Siempre de suerte con las faldas, ¿eh, Dan? —saludó un veterano amigo.

—¿Qué voy a hacer? No puedo zafarme de ellas —le replicó sin dejar de caminar.

Entró en el ascensor y subió hasta el segundo piso. Anduvo por el pasillo, y se encaró con una puerta encristalada sobre la que un rótulo rezaba:

«INSPECTOR ROY CAMERON, JEFE DEL
DEPARTAMENTO DE FALSIFICACIÓN Y CONTROL
DEL TESORO»

No llamó. Jamás lo hacía, pese a que se había ganado buenas reprimendas, pero ello no había servido para enmendar su conducta.

¿Cómo podía corregirse Dan War, el último de su promoción? Sí, sí, el último de su promoción en Quántico. Sus notas de conducta, disciplina y puntualidad habían sido tan bajas que si los grados del termómetro no hubieran subido gracias a su sagacidad, destreza con las armas, memoria y dotes para atraer las simpatías de cuantos le

rodeaban, jamás hubiera alcanzado el soñado carnet de agente del F. B. I.

—Hola, viejo. No refunfuñe, ahora mismo salgo volando para el aeropuerto Kennedy y le traeré envuelta en papel periódico a su agente femenino de Scotland Yard, una vieja estirada, con gafas, verrugas y por si fuera poco, seguro que maestra en *jiu-jitsu* y judo. Y también «karate», War —le replicó Roy Cameron, evidentemente molesto.

El inspector jefe del departamento era un hombre macizo, con más de cincuenta años a su espalda y casi veinticinco de servicio sin tacha, un hombre de mirada dura y manos gruesas pero secas y contundentes.

—Sí, claro, y karate.

—War, ¿por qué diablos ha llegado tarde esta vez?

—Verá, viejo...

—¡No me llame viejo!

—Está bien, jefe. Como le decía, la circulación, los semáforos se han puesto en contra mía para retrasarme.

—Sí, claro, los semáforos rojos.

Al escuchar aquella voz femenina, Dan War se giró en redondo.

Lo primero que vio a su espalda, y que por culpa de su precipitación al entrar no había advertido, fueron unas piernas impecables, de tobillos torneados. Después, vio el resto y un silbido escapó de su garganta.

—Ah, no hace falta que vaya al Aeropuerto Kennedy. La señorita Violet Donovan, teniente del grupo femenino de Scotland Yard, nos honra ya con su presencia.

Dar War parpadeó ante la pelirroja, que seguía sentada, segura de sí, mostrando sus piernas hasta casi cuatro pulgadas por encima de las rodillas.

—No será usted la teniente, ¿eh?

—¿Y por qué no? —preguntó ella con burlona ironía—. ¿Acaso es obligatorio ser fea, vieja y estar llena de verrugas?

—No, no, claro. Pero francamente, sorprende.

—Pues el que me asombra es usted. Cuando le he visto por la ventana, despidiéndose digamos fraternalmente de su amiga, me ha parecido que un hombre como usted no era capaz de asombrarse ni pestañear ante nada, por absurdo que sea.

Dan, ya dominada su sorpresa, replicó agudo:

—Bueno, muñeca, no creo que tú seas un absurdo, sino un bombón pelirrojo.

—¡War! —interpeló Roy Cameron agresivo, haciendo volver de golpe a su subordinado—. ¡Trátela con más respeto, es una teniente de Scotland Yard invitada nuestra durante unos días!

La joven, que acababa de incorporarse, se adelantó hacia la mesa escritorio moviendo lenta pero segura sus caderas, conocedora de su propio valer.

—No es necesario, inspector. Ya que el agente Dan War y yo vamos a ser compañeros durante algunos días, bueno será que nos tratemos con camaradería, y el tuteo es lo más adecuado. Después de todo, no me considero tan vieja.

—Es estúpido que prescindas de la rígida etiqueta británica —opinó Dan—. Ah, olvídense de lo de vieja. Un agente del F. B. I, también puede tener un resbalón...

—De acuerdo, aceptadas las disculpas —respondió ella sonriendo abiertamente—. Consideraré este resbalón como mi primer éxito sobre el

F. B. I.

—El primero no, el segundo —agregó Roy Cameron que no parecía dispuesto a desfruncir su ceño—. Recuerde lo que sucedió ayer en la estación marítima.

—¿Y qué pasó, si es que puedo enterarme? —preguntó War.

—Pues sencillamente, que descubrí contrabando de divisas y un asesinato que se realizó ante mis narices y las de un agente de la Metropolitana y un numeroso grupo de personas.

El rubio agente se volvió hacia Cameron interesado por las noticias que acababa de escuchar.

—¿Es conocida la víctima?

—Sí, se llamaba Gregory Benini.

—¿«El Muecas»?

—Veo que se pone en marcha el agente War —dijo con ligero matiz irónico la pelirroja.

—Sí, tendrá que disculparlo muchas veces, señorita Donovan, o mejor dicho, teniente Donovan.

—Llámenme Violet, me sentiré más a gusto.

—Como guste —respondió Cameron—. Como le decía, es un

poco disparatado, pero cuando pregunté a la superioridad por el agente que debía acompañarla y mostrarle el funcionamiento de nuestros servicios, inmediatamente me respondieron y sin apelación, que Dan War. Le consideran bueno.

—Lo imagino. Es el perfecto anfitrión para nosotras las mujeres, aunque quizá —dijo volviéndose hacia el propio Dan que permanecía con los brazos cruzados en plan de mártir— no le salga tan fácil de llevar y de convencer. Por mi culpa jamás encontrará un semáforo rojo que lo detenga.

—Comprendo —asintió Dan, cómicamente circunspecto.

—Bueno, de momento y para darle a conocer mejor el funcionamiento de nuestros servicios, pueden comenzar a investigar el caso del asesinato de Gregory Bertini, «el Muecas».

—Bien, inspector, me hago cargo del caso y mostraré al digno representante de Scotland Yard nuestro modo de actuar. Díganme qué clase de contrabando hacía «el Muecas» en la estación marítima.

Violet Donovan relató rápidamente, pero con detalles, todo lo ocurrido hasta la muerte del desgraciado Benini.

—¿Fobos? No he oído antes ese nombre, y no creo que «el Muecas» se dedicara ahora al griego.

—Quizá su jefe, el jefe de los hombres que le asesinaron, sea griego —apuntó el propio Cameron.

—No lo creo. Fobos significa horror, también terror, en griego, y me inclino a pensar que puede ser una consigna. Bueno, ya lo averiguaremos en su momento. Ahora me agradecería ver los billetes que dieron a Violet a cambio de las diez libras.

—Los he entregado al inspector Cameron, no sea cosa que se me vaya a inculpar por contrabando de divisas.

—No tema, Violet —se apresuró a decir Cameron, sonriendo por primera vez—. Hizo muy bien en coger ese dinero. Ahora está en nuestras manos y empezaremos a investigar. Naturalmente, en caja le abonarán las diez libras que entregó.

Dan War tomó los billetes de sobre la mesa y mientras los observaba inquirió:

—¿Son éstos?

—Sí, son legales. No obstante, los enviaremos al laboratorio para que el informe no deje lugar a dudas.

War se retiró junto a la gran ventana en busca de su luz y escrutó los dólares olvidándose de que cerca de él había unas piernas que semejaban cinceladas en imantita por la gran atracción que irradiaban.

—Jefe, estos billetes son falsos —anunció categórico, aproximándose de nuevo al escritorio y causando el asombro de sus dos interlocutores.

—¿Cómo dice? ¿Está seguro? Yo juraría que son auténticos —gruñó Cameron.

—Se equivocaría, jefe. Los billetes son perfectos en su composición, la obra maestra, quizá el sueño de un falsificador, un sueño hecho realidad.

Roy Cameron, con los dólares en las manos, sintiéndose impotente por hallar lo que parecía haber descubierto el sagaz agente, inquirió con voz que era un gruñido:

—Si es tan perfecto, ¿cómo puede asegurar que sea falso?

—Por la numeración, querido viejo.

Cameron pasó por alto aquella vez el mote de «viejo»; estaba pendiente de los billetes y dijo:

—¡Si es correcta!

—En efecto, e incluso los números de serie son correlativos, lo que en el fondo también induce a sospechar. Lo que sí es cierto es que el número Dh

584 972 486

ya no está en circulación. El Departamento del Tesoro retiró todos los billetes sin excepción por estar ya demasiado usados, muchos de ellos mugrientos. Según el informe que se nos pasó en copia, especifica que no quedó en circulación ningún billete de diez dólares de la citada serie. Supongo que los de a dólar también serán falsos.

El inspector Cameron no respondió. Fue hacia el triple archivo metálico, colocó la llave en uno de los cajones y abriéndolo rebuscó entre las carpetas.

Extrajo una de ellas y continuó buscando en su interior, parando atención en una hoja mecanografiada y llena de sellos. Comenzó a leerla y después exclamó:

—Por Belcebú, War, tenía razón. El Dh

584 972 486

está retirado totalmente de la circulación. Es usted una computadora y no un ser humano.

—Algún mérito había de tener para que me diesen el carnet de federal, ¿no? —dijo burlón, percatándose de que Violet le miraba de hito en hito.

—War, este caso se complica, se hace más grave por momentos. Quizá necesite ayuda y...

—No, jefe, prefiero hacer sólo el trabajito, es decir, mostrándole las bellezas de nuestro país a la teniente Donovan.

—Sí, a mí también me agradaría continuar el caso, ya que, aunque fortuitamente, fui yo quien lo empezó.

—De acuerdo —refunfuñó Cameron, ansioso por desplegar todo el mecanismo federal para atajar aquel principio de falsificación, complicado con contrabando de divisas y asesinato—. Si Esperati viviera, juraría que este billete lo ha falsificado él. Es tan perfecto...

—Pero Esperati murió ya, jefe. No podemos pensar en él.

—Sí, es cierto, hemos de buscar a Fobos o quién diablos sea.

—Buen título para este caso que acaba de comenzar —comentó la joven riendo—. «El F. B. I, busca a Fobos».

CAPÍTULO III

Violet, acompañada por Dan War y precedida por el camarero del «Tampa Club», sorteó las mesas hasta detenerse junto a la única libre que alcanzaban a ver sus ojos.

—¿Qué van a tomar?

—Yo un *whisky* doble. ¿Y tú, Violet?

—Lo mismo —respondió ella, acomodándose ante la mesa mientras el empleado tomaba rápida nota y desaparecía.

—Te va a escocer la garganta. Aquí no sirven precisamente *whisky* escocés.

—Sí, ya he oído algo sobre el «jugo de tarántula» de los yankis, pero no importa. Aunque la verdad, creía que los federales no bebían cuando estaban de servicio.

—Es que para mí no es ningún servicio acompañarte, sino una suerte.

—Muy amable, pero me agradecería saber por qué me has traído a este club lleno de humo, falto de luz y con un ambiente enrarecido.

—Comprendo tu extrañeza, esto no se parece en nada a un laboratorio de investigación federal.

—Desde luego. He sido invitada por tus superiores no para visitar los bajos fondos neoyorkinos, precisamente.

—Eres muy suspicaz, Violet. No pensarás que trato de enamorarte, ¿verdad? —inquirió burlón.

La joven estuvo tentada de soltar una imprecación, más contuvo ésta en su fina garganta para trocársela por un sarcasmo.

—Sería inútil, Dan. No eres mi tipo.

—Vaya, menos mal, de este modo no habrá problemas entre el F. B. I, y Scotland Yard. Siempre que anda el amor por medio surgen demasiadas complicaciones.

—Dan, eres un...

La mujer no continuó. En aquel instante, un agudo de saxo tenor precedió a una sinuosa melodía.

En la pista rectangular que nacía en el pequeño escenario para internarse entre las mesas y cuyo suelo se hallaba forrado por una alfombra de un rojo rabioso, convergieron las poderosas circunferencias de dos cañones de luz.

De pronto surgió una bailarina que primero provocó murmullos de admiración y luego un absoluto silencio.

La estrella del «*show*» del Tampa Club osciló cadenciosamente al compás del *jazz*, lenta y excitante a un tiempo. No era muy alta, de cabello negro largo caído sobre sus hombros y espalda desnuda; semejaba una mulata cuarterona moviéndose al ritmo de una música secular nacida en las entrañas del África negra.

Se despojó de las gasas que la envolvían y quedó en el centro de la pista con los pies clavados en el suelo, pero sin dejar de oscilar.

Su cuerpo aparecía cubierto por un «bikini» que casi no merecía este nombre y demostraba a ojos vista que la naturaleza la había dotado de cuanto un varón pudiera soñar.

—¿Qué te parece, Violet?

La joven pelirroja, que en aquel instante se llevaba el *whisky* a los labios, lo sorbió en gran parte sin pestañear. Un tanto desdeñosa, pues en el fondo le molestaba la admiración de War hacia la danzarina, dijo:

—No está mal. En Londres no suelo frecuentar los clubs nocturnos, pero supongo que tú aquí las habrás visto mejores.

—Bueno, creo que Silvana es de lo mejorcito.

Violet, al mismo tiempo que se sentía poderosamente atraída por la personalidad de Dan War, se dispuso a luchar contra él, a hacerle la guerra e imposibles los días que permanecieran juntos.

No deseaba que su orgullo, que la había llevado hasta la oficialidad dentro del grupo femenino de Scotland Yard, quedara doblegado por la presencia de un hombre que, como War, se hallaba acostumbrado a reírse de las mujeres.

—¿Ah, no? Creía que los hombres sólo captabais esa clase de interés de las mujeres.

Dan War sonrió irónico y esclareció:

—No te he traído aquí para seducirte ni mucho menos. Scotland

Yard siempre me ha merecido los máximos respetos y a una dignísima representante suya no sería capaz ni de tocarle un solo cabello.

Aquellas palabras irritaron sobremanera a la pelirroja, que se convertía en dinamita pura cuando soltaba sus ímpetus.

—Entonces, ¿qué interés ha de tener para mí esa bailarina sin pudor? Supongo que no irás a presentarme un caso de racismo con esa mulata.

—Silvana no es mulata, sólo morena. Baila «jazz» como una sacerdotisa negra, eso no puede negarse. Posee unos grandes ojos y labios gruesos que la pueden confundir con una mulata, pero...

—¿Y el color de su piel?

—No es natural. En Londres hay una buena colonia negra, pero aquí los conocemos mejor. Silvana se tiñe la piel totalmente con un bronceador. Eso es fácil, se puede comprar en cualquier casa de cosméticos y además debe depilarse a conciencia. Como supongo sabrás, las mulatas carecen de vello.

—Bueno, espero que después de esta tesis étnica me dirás algo más sencillo.

—Sí, que Silvana es italiana.

—Vaya, eso sí que es un descubrimiento asombroso. Cuando regrese a Londres podré explicar que en un club nocturno me mostraron a una bailarina italiana que se hacía pasar por mulata.

—Estás muy mordiente, Violet.

—¿Yo? ¿Por qué habría de estarlo?

—No podéis remediarlo, pero las mujeres siempre os sentís celosas cuando descubrís a una posible rival.

—Pero, Dan, ¿qué te has creído?

La pelirroja, como si se hubiera disparado un muelle bajo sus redondeadas posaderas, se puso en pie de un salto con intención evidente de alejarse de allí, molesta por la situación.

War la cogió por el brazo y sin preocuparse demasiado la hizo sentar de golpe.

—No te portes como un crió mimado, que las inglesas sois muy dadas a tales representaciones, y escucha.

—¡Hum! —Casi gruñó la mujer, apartando su vista de Dan y fijando las pupilas en la hermosa y sensual bailarina que, tras recibir grandes aplausos, comenzaba a danzar de nuevo, ahora una

pieza mucho más movida y trepidante.

—Silvana se llama Benini de apellido.

—No irás a decirme que esa chica es pariente del que murió en la estación marítima, ¿eh?

—Es lo que intento explicarte hace rato. Silvana es la hija de «el Muecas».

—¡Cáspita, eso ya parece interesante!

—Sí, porque luego tendremos un diálogo con ella en su camerino.

De pronto, inesperadamente, el federal empujó violentamente a la joven lanzándola hacia atrás. Violet no cayó al suelo gracias a que el respaldo de su silla quedó apoyado contra el costado de un obeso cliente.

—¡Cuidado! —masculló War al tiempo que echaba mano al interior de su axila.

Un nuevo instrumento, y no musical precisamente, dejó sentir su canto letal provocando en el acto grandes gritos de terror y pánico.

El tableteo de un pequeño ametrallador, disparando desde una de las ventanas en forma de corazón que tenían los reservados altos, envió el plomo mortífero contra su objetivo: la pelirroja inglesa.

De no ser empujada a tiempo, las balas que se clavaron en la mesa de madera y alcanzado dos de ellas al sujeto obeso, se habrían incrustado en Violet Donovan.

Dan respondió al fuego con su «Browning», agotando las posibilidades de este tipo de automática y consiguiendo sacar cinco proyectiles en menos de un segundo y tres décimas^[1], aunque el asesino del reservado tuvo tiempo de lanzar una nueva ráfaga para enmendar su error.

War se volvió hacia su acompañante al escuchar un respingo de dolor.

—¡Violet! ¿Te han dado?

—¡Sólo ha sido una rozadura en el brazo, pero me temo que a mi vecino de mesa le han alcanzado de lleno! —respondió ella casi a gritos, pues en el club se había organizado una gran desbandada hacia la salida. El público había sido presa del pánico, exacerbado por la confusión.

Los músicos guardaban sus instrumentos y Silvana había desaparecido de la pista como si la tierra se la hubiera engullido.

—Iré a ver cómo está el tipo que nos ha disparado. Mientras tanto guárdate, enseguida vuelvo.

—De acuerdo; y no temas, yo también tengo una pistola para defenderme.

—Mejor.

Dan salió corriendo hacia el pasillo lateral y tropezando con el público fugitivo, incapaz de ser calmado, consiguió llegar hasta los reservados del segundo piso.

Buscó la última puerta y cuando penetró en la estancia, pistola en mano, se percató de que ya nada tenía que temer.

Se inclinó sobre el sujeto que yacía de bruces, bañado en sangre. Atenazaba fuertemente un pequeño ametrallador en cuyo cargador ya no quedaban balas.

Lo volvió hacia arriba y murmuró, disgustado:

—Ha muerto.

Dan War ascendió los peldaños de aquella escalera situada en el Westtown de Brooklyn, sucia, maloliente y con la humedad del East River pegada a sus paredes enmohecidas.

Se detuvo frente a la primera puerta del primer piso y llamó al timbre mientras escuchaba una riña a gritos, seguramente de un matrimonio. De lo que no podía dudarse era de su nacionalidad italiana.

La puerta se abrió apenas seis pulgadas. Una recia cadena niquelada impidió que se abriera el resto de la hoja. Por el hueco asomó el rostro bello y un tanto felino de Silvana Benini.

—*Buona sera, signorina.*

Ella no respondió al saludo del americano.

—¿Qué quiere a estas horas de la madrugada?

—Charlar un ratito. Siempre he sentido debilidad por las chicas guapas.

—¡Vamos, largo y déjeme tranquila!

La bailarina de labios sensuales trató de cerrar la puerta sin ninguna consideración hacia el rubio War, pero éste impidió sus propósitos colocando la puntera de su zapato entre la hoja y la jamba.

Dan sacó su carnet federal y lo puso ante la vista femenina. Con sonrisa mordaz, aunque sin quitar el pie de la puerta, preguntó:

—¿Puedo pasar ahora?

—Está bien, veo que sería imposible hacerme la sorda.

Silvana quitó la cadena y dejó paso franco a War, quien se introdujo en el apartamento que la danzarina tenía en Brooklyn y desde cuya ventana podían verse las aguas sucias del East River.

—Esto será mejor, preciosa. Nunca he soportado bien que una chica me de con la puerta en las narices.

—¿Qué quiere?

Silvana le siguió hasta el pequeño pero cómodo *living* en el que podían verse dos sofás y muchos almohadones desperdigados por el suelo con cierta anarquía, como si la dueña hubiera dispuesto las cosas para dejarse caer sentada en cualquier instante y siempre sobre algo cómodo donde apoyarse.

La joven, que vestía una bata azul muy abierta en su escote, detuvo sus pies descalzos, pues sólo de esta forma se sentía cómoda en su apartamento. Tomó un cigarrillo y esperó a que War le prendiera fuego con su mechero.

Después cruzó el brazo por delante del pecho y escondió la mano bajo la axila derecha, expulsando el humo del tabaco casi con parsimonia.

—Tengo todos los papeles en regla. La policía no me ha detenido jamás y no busco líos. ¿Qué quiere ahora el Departamento Federal de Inmigración de mí?

—Primero te diré que no soy del Departamento de Inmigración y que no voy a hacer que te retornen a tu Sicilia natal a menos que te lo busques.

—Siempre con coacciones, así sois los yankis. No puedes negar que eres uno de ellos. Siempre diciendo «venid, venid a nuestro país del oro y del dólar» y luego, atemorizándote de que te van a devolver a tu tierra o a meterte en chirona.

—Si tan mal estás aquí, ¿por qué no vuelves a tu patria?

—Porque aquello es peor que esto, no puede negarse.

—Una buena respuesta. En cuanto a lo de que no te metes en líos, eso ya es otro cantar, ¿no crees?

—Si te refieres al jaleo que esta noche ha habido en el club, yo no sé nada. Allí sólo bailo, me pagan y listos.

—No tan listos. Allí ha muerto un hombre y yo he tenido que acabar con su asesino. Además, ha sido herida, aunque levemente, una súbdita de su Graciosa Majestad.

—Vaya, otra emigrada. ¿Es que sólo te preocupas de las que no son yankis?

Dan la observó fijamente y se adelantó hacia ella. La mujer se mantuvo quieta, inmutable. La cogió por la barbilla, le alzó levemente el rostro y se inclinó hacia ella hasta rozarle los labios. Cuando la italiana esperaba el inminente beso se apartó diciendo:

—A mí me interesan todas las que sean como tú y ella, bonitas.

A Silvana no le agradó que él la hubiera apartado de aquella forma. Sin embargo, se mantuvo quieta, fumando casi de un modo apremiante como si deseara acabar cuanto antes el cigarrillo que tenía entre los dedos.

—No tengo nada que ver con el tipo que has liquidado. No se me puede acusar de complicidad con nadie, si es lo que estás buscando.

—Yo no busco cómplices, sólo voy tras la verdad y la verdad es que mi presencia en el «Tampa Club» se debía a ti.

—¿A mí? ¿Es que tengo algo que pueda interesarte? —preguntó, sonriendo con malicia.

—Muchas cosas, pero por ahora me ceñiré exclusivamente a tu padre.

—¿A mi padre? ¿Qué le sucede al viejo?

—Ha muerto. ¿Estabas enterada?

—¿Que ha muerto? —repitió un tanto indiferente—. Es la primera noticia que tengo. ¿Cuándo sucedió?

—Ayer noche.

—Bueno, en ese caso creo que todavía podré llegar a tiempo a su entierro.

—Parece que la noticia no te ha afectado demasiado.

—La verdad es que hace tiempo que no nos veíamos y si alguna vez nos encontrábamos siempre me pedía dinero. Mi padre jamás tuvo suerte, ni siquiera cuando allá en Sicilia nos explotaba a mis tres hermanos y a mí como si fuéramos animales de granja. Al llegar aquí cambiaron las cosas, nos independizamos y se tuvo que buscar su plata.

En aquel instante, Dan reparó en una botella y dos copas que habían tratado de ocultar rápidamente en un estante del mueble-librería.

—Saliendo de la conversación, por lo visto has recibido visita

esta noche, antes de que yo llegara.

—¿No crees que imaginas demasiado?

—Imaginar demasiado sería pensar que una misma persona bebe *whisky* en dos vasos distintos, y por si fuera poco dejando marcas de «rouge» en uno y otro no.

—Mira, agente, ya soy bastante mayorcita para decidir por mí misma si debo convidar a algún amigo a tomar un trago en mi apartamento.

—¿Y esos amiguitos agotan siempre el trago hasta el fondo? —inquirió con malicia.

Ella se le aproximó contorneando sus caderas ceñidas por el cinturón de la bata.

—Hasta ahora no conozco a ninguno que se haya quejado de mi hospitalidad.

—¿Cómo se llamaba el de esta noche? —inquirió Dan, cuando ella casi apoyaba su redonda anatomía sobre él.

—No lo sé, no suelo preguntar nombres. A lo mejor, mañana me preguntan por ti y no me acuerdo de que eres un federal.

—Muy lista, pero conmigo no te vale. ¿Cómo se llama?

—Lo ignoro, y no te pongas pesado. No hay ninguna ley que prohíba a las emigradas invitar a amigos a tomar una copa sin causarles perjuicios digamos económicos.

—¿Temes que te acuse de prostitución?

—¡Insolente, grosero! —increpó ella, alzando la diestra dispuesta a descargarla sobre el rostro recio y de mentón agresivo.

Sin dificultad, War detuvo la mano en el aire y le retorció el brazo aunque con prudencia para no excederse en el daño que podía causar.

—¿Cómo se llama él?

—¡No lo sé, lo juro por la Santa Madonna!

—Está bien, no insisto. Os conozco y sé que te pasarías horas jurando por todos los santos del año y algunos más y no sacaría agua clara. Te advierto que estás metida en un lío y que sólo si colaboras podrás salir bien de él —dijo soltándola.

—¡No me he metido en ningún lío! ¡Yo no he hecho nada!

Dan se acercó a la ventana que permanecía abierta. Sacó la cabeza y observó el «fire-escape», una escalera de hierro bastante sólida. Por allí podía haber huido fácilmente y a tiempo el que

bebiera en compañía de la bella italiana.

Cerró la ventana significativamente y se apoyó en la jamba derecha. Extrajo un pitillo y prendió fuego mientras observaba detenidamente a la fémina. Exhaló la primera bocanada de humo y observó:

—Ni siquiera me has preguntado cómo murió tu padre.

—Imagino que de una borrachera. Empinaba demasiado el codo y muchas mañanas había amanecido junto a los cubos de basura.

—Una opinión muy poco eficiente de un padre. ¿No te parece?

—Yo no lo hice tal como era.

—Bien, dejemos aparte las polémicas sobre la moral. —Hizo una breve pausa y continuó—: A tu padre lo asesinaron de dos cuchilladas.

—Si esperabas que la noticia me asombrara, te equivocas. Mi padre tenía muchos enemigos, se los buscaba él mismo. Con tal de obtener dinero era capaz de cualquier cosa. Sin embargo, quien lo haya matado tendrá en mí a una mala enemiga.

—Bueno, eso ya está mejor.

—La sangre tira.

Dan sacó el paquete de cigarrillos y le tendió uno. Silvana lo cogió y le quitó además el que tenía en los labios para encender el suyo.

Cuando el humo brotó de su boca, devolvió el pitillo al federal. Éste inquirió:

—¿Te dice algo Fobos?

—¿Fobos? —repitió extrañada.

—Sí, Fobos. Es la última palabra que pronunció tu padre antes de expirar.

—No, no me dice nada ese nombre. Bueno, sí, ahora recuerdo...

—¿El qué?

—Una vez tuve un amigo, era físico o se dedicaba a eso de las estrellas.

—¿A la Astronomía?

—Sí, eso creo que era. Bueno, él me dijo que Fobos y Deimus eran las lunas de Marte. No soy una chica lista, lo reconozco, pero cuando se me clava una cosa aquí no la olvido —dijo señalándose la sien.

—No creo que a tu padre le interesaran las limas de Marte.

Fobos también significa horror o terror, por eso le pusieron tal nombre a ese satélite.

—¿Y por qué al otro Deimus?

Dan sonrió antes de contestar.

—Deimus equivale a pánico.

—¡Por la Santa Madonna! ¿También los federales se dedican a las estrellas?

—No, nosotros nos dedicamos a buscar algo más cercano, a los que pisotean las leyes federales.

—El tema debe resultar interesante, pero ya has visto que no puedo ayudarte.

—Sí, ya. Si quieres ver a tu padre, pasa por la Morgue. — Cuando ya se dirigía hacia la puerta, se detuvo y se giró hacia ella —. Por cierto, ¿y tus tres hermanos, qué es de ellos?

—Uno vive en Los Ángeles, otro fue deportado y el tercero, el benjamín, por cierto el único con el que me sentía a gusto y desearía volver a encontrar, ha desaparecido sin dejar rastro.

—Qué raro... Dime su nombre, pasaré la nota al Departamento de Inmigración y cuando sepa algo te lo comunicaré.

—Bien. El se llama Salvatore Benini Padua.

—Salvatore Benini Padua, no me olvidaré.

Silvana le siguió hasta la puerta. Cuando él ya abría el cerrojo, se puso de puntillas y le rodeó el cuello con sus brazos. Lo besó en los labios largamente.

—No te olvides de buscar a mi hermanito, federal —musitó al terminar la caricia y mirándole fijamente con sus grandes y oscuros ojos.

—Y tú recuerda a Fobos. El F. B. I, lo está buscando.

—No, no me olvidaré.

Dan War salió a la escalera y comenzó a descender los peldaños sin prisa. Ella le siguió con la mirada hasta que desapareció de su vista. Después, la puerta se cerró.

Cuando War llegó a la portería, se detuvo un instante. Arrojó la colilla del cigarrillo y le prendió fuego a otro, pensando:

«La chica es bonita y no parece de mala ralea. Lástima que la pierda el ambiente que la rodea».

Después se alejó en la noche fresca y húmeda. El East River, como lo hiciera un siglo antes, seguía empujando sus aguas oscuras

hacia el océano.

CAPÍTULO IV

Carlo Leoni Esperati, con su nuevo rostro y sin huellas, tomaba una copa junto al bar del lujoso saloncito ubicado en el centro de «Flash», su yate particular de treinta yardas de eslora y siete de manga.

De pronto, un timbre chicharra dejó escapar su graznido al tiempo que cuatro luces rojas se encendían con intermitencia en los cuatro ángulos de la pequeña sala en la que se centraba una mesa larga de conferencias, rodeada de cómodas butacas.

Se volvió despacio, seguro de sí. Soltó el alto vaso y extrayendo un trozo de media de mujer se lo colocó en la cabeza, cubriéndose el rostro por entero. Después fue hasta la puerta y descorriendo los cerrojos la franqueó por su propia mano.

Un tipo de rostro inexpresivo, labios finos como un navajazo y ojos pequeños y gélidos, asomó en el marco. Su cabeza se hallaba tocada con un sombrero de paja negra brillante, rodeada por una cinta de piel blanca.

—Hola, Stiker. ¿Algo nuevo?

El recién llegado no pasó inmediatamente al interior del saloncito. Por un instante, permaneció contemplando aquella faz desfigurada por el nylon.

Siempre le había intrigado descubrir quién se ocultaba tras la media, pero aquel enigmático sujeto que se hacía llamar Fobos jamás se había descuidado al respecto.

Nadie le conocía y Stiker sólo sabía que era el tipo más listo y astuto con el que se había tropezado, y además pagaba bien.

—Ya están llegando nuestros amigos.

—Bien, pasa. Charlaremos mientras acaban de llegar los que faltan. Supongo que tus nombres están preparados.

—Sí. Me avisarán en cuanto la lista se haya completado.

—En ese caso, no debemos preocuparnos.

El recién llegado fue directamente al bar y se sirvió una copa de *whisky* mientras el «boss» de la organización observaba el nocturno y luminoso Manhattan, pues el yate se hallaba anclado en un muelle perdido de Brooklyn y fondeado sobre las aguas del East River.

Stiker era el jefe de su propia banda, la banda de los «Craw-Fish», denominada así porque no le importaba retirarse cuando le interesaba y lo mismo actuaba en un medio social que otro, igual que los cangrejos que se quedan bajo el agua o caminan sobre la roca a flor de mar.

Había puesto su pandilla al servicio de aquel extraño individuo y no le iba nada mal. Sus hombres se hallaban contentos con el nuevo trabajo.

—Stiker, has fallado.

El *gángster* no se apresuró en responder. Sorbió el contenido total de licor y aún con el vaso en la mano contestó parsimoniosamente, como estudiando el efecto que causaban sus palabras sobre su interlocutor.

—La chica iba con un federal. Yo le encargué el trabajo a uno de mis muchachos, pero el federal fue más rápido.

—La pelirroja sólo ha quedado herida, un mal trabajo.

—Bueno, siempre no salen las cosas como tino quiere, pero esto puede remediarse y ya que se entera de todo sabrá lo que quiero decir.

—No soy ningún imbécil, Stiker. Esa chica es un testigo molesto.

—Sí, digamos demasiado curiosa y entrometida, como todas las mujeres. Por su culpa tuvimos que liquidar a «el Muecas». Si la «poli» lo coge vivo, seguro que habla. Conocía bien a ese tipo.

—Y yo también. En ese aspecto, has cumplido mis órdenes al pie de la letra. Todo aquel que pueda constituir un peligro para mi organización debe ser eliminado en el acto.

—Sí, eso es lo que pensé enseguida que uno de mis muchachos me comunicó que la «poli» corría tras él. Andábamos cerca y todo resultó fácil, aunque la verdad es que no debimos confiar en ese tipejo. Tenía que acabar mal.

—No trates de decirme lo que debo o no debo hacer. Si le di

trabajo a «el Muecas», mis razones tenía.

—O. K. En cuanto a la pelirroja, creo que no nos vio en el coche y el «poli» que recogió a «el Muecas» y que también nos podía haber reconocido, ya está sobre uno de los mármoles de la Morgue.

—Bien, confío que la pelirroja no tardará en ocupar también ese sitio. No me agradan las dudas ni los posibles testigos. Fiambre, seguro que jamás declara.

—De acuerdo. Enviaré a un par de chicos para que terminen el trabajo. No se preocupe de la pelirroja, le sellaremos la boca.

—Eso espero y pronto.

—Sin embargo, el federal que la acompañaba...

Fobos no lo dejó terminar.

—De los federales ya me encargaré yo, tengo medios suficientes para burlarlos sin que se enteren.

—De acuerdo, Fobos, pero no se fíe demasiado. Los: federales son tipos duros.

Fobos se volvió hacia el jefe del «gang» que prácticamente había comprado para protegerse y mejor dirigir sus nuevos y complicados negocios, Le hacía falta Stiker y sus hombres, unos pistoleros capaces de obedecer sus órdenes con la misma prontitud y ceguera que un perro alsaciano.

En aquel instante tornó a sonar el timbre de chicharra y las luces rojas se encendieron con intermitencia.

—Es la señal, Fobos. Seguramente habrán llegado todos.

—Espero que nadie se haya dado cuenta de nada —replicó éste, mirando con cierta desconfianza a través de la ventanilla.

—No tema, Fobos. Los cuatro vigilantes nocturnos del muelle están bien pagados, no despegarán los labios. Además, saben que de hacerlo no sólo perderían el dinero limpio que ahora ganan, sino también sus vidas y las de sus familiares.

—Sí, les conviene tener las bocas cerradas.

El *gángster* se dirigía ya hacia la puerta cuando Fobos le detuvo:

—¡Stiker!

—¿Qué sucede?

—Pon el silenciador a tu pistola, seguramente tendrás trabajo dentro de un rato.

El jefe de los

«Craw-Fish»

sonrió. Sacó el arma y mientras colocaba el silenciador en el cañón replicó:

—Comprendo.

Cuando la puerta fue abierta, Fobos ya se había colocado en la presidencia de la larga mesa.

Los primeros en entrar fueron dos miembros de los «Craw-Fish»

que avanzaron hasta situarse a derecha e izquierda del jefe de la organización.

—¡Pasen! —invitó el propio Fobos, que jamás se comprometía a mostrar su rostro, pese a que todas las miradas convergían en él tratando de adivinar algunos rasgos del mismo.

Pasaron nueve hombres, algunos de ellos con portafolios y acabaron por colocarse en torno a la mesa. La puerta quedó guardada por dos hombres más de la banda de Stiker.

Éste se había quedado en pie junto al bar. Se sirvió otro *whisky* mientras contemplaba la reunión. No tomaba parte en ella, él y sus hombres sólo eran los guardaespaldas de Fobos o si el momento lo requería, verdugos a sus órdenes.

—¿No hay peligro de que nos sorprendan aquí? —preguntó el más bajito y rechoncho de todos, que al descubrir su cabeza dejó ver unas solitarias hebras de cabello cruzando su rosada calvicie.

—Callagan, es comprensible que un hombre como usted, propietario y director-gerente de la Banda Callagan, sea desconfiado, pero no tema, aquí estarán seguros.

—Bien, en ese caso empecemos.

—Señores, lamento molestarles a estas horas de la madrugada, pero comprenderán que nuestros negocios no pueden tratarse a las doce del mediodía y en Wall Street —principió Fobos, haciendo sonreír a los presentes con su agudeza.

Un tipo magro, cuyas manos sarmentosas sujetaban con fuerza un abultado y negro portafolios, depositado previamente sobre la mesa, dijo:

—Vayamos al grano, Fobos. ¿Tiene más dólares para pasar?

—Sí, Fobos siempre tiene dinero, dólares perfectos para pasar, unos dólares que al final inundan el mercado norteamericano sin que los guardianes del tesoro se percaten de ello.

—Desde luego, el montaje de este negocio es maquiavélico. Le

felicito, Fobos. Lo que me agradaría saber es cómo y dónde falsifica tan perfectamente los dólares.

—Eso, amigos, permítanme que me lo reserve.

Callagan agregó:

—Sólo conocí a un hombre que falsificara con esa habilidad.

—¿Ah, sí, y cómo se llamaba? —preguntó Fobos, con cinismo.

El propietario del Banco que se encargaba de absorber las divisas fraudulentas, proporcionándolas a importadores no demasiado escrupulosos y que al fin hacía el trueque de éstas por dólares auténticos, aclaró:

—Carlo Leoni Esperati, pero él murió.

—Sí, ya recuerdo. Creo que en su entierro hubo una gran masacre y aún se desconoce al tipo que dejó ocho fiambres en la funeraria, entre ellos a la señora Esperati, su hermano y sus mejores amigos.

—No lo enterraron —corrigió Spencer, un tipo que ocultaba sus ojos bajo unas gruesas gafas de miope y que semejaba más un autómatas que un ser humano—; lo incineraron.

—Ah, sí, ya no recordaba.

Callagan, siempre sinuoso, sonriente a un tiempo, sabiendo que se exponía al hablar, observó:

—En la funeraria murieron los mejores falsificadores, ayudantes todos de Esperati, un equipo de falsificadores inigualable. Por los bajos fondos se dice que Esperati tuvo la suerte de morir cuando era inminente que la policía le echara el guante.

—¿Y no se comenta nada más? —preguntó Fobos con forzada ironía. Permanecía en pie frente a su butaca mientras los demás se hallaban sentados.

Esta vez Callagan calló, pero Coward, el más joven del grupo y que a su vez vestía más caro y mejor, luciendo un clavel español en su ojal, intervino:

—Pues yo he oído decir que el que liquidó a Esperati y a todo su equipo fue uno de la misma banda y que se quedó con montones de billetes falsificados que ha retenido hasta ahora.

—Coward, eres un tipo sagaz. ¿Acaso insinúas que soy yo ese hombre que liquidó a los Esperati y a toda su pandilla?

—Yo no he dicho tanto, pero sí se empeña en mantener el rostro cubierto... —adujo sonriendo.

Fobos apretó los labios bajo la media que le desfiguraba, pero que no le impedía la visión.

Al formar el equipo que tenía delante para cambiar su moneda falsa por divisas auténticas y a su vez efectuar el trueque de nuevo a través de Callagan y poner así las cosas más difíciles a los federales, quienes al descubrir los billetes falsos pensarían que, como tantas veces, la falsificación se realizaba en Europa, Fobos había estudiado detenidamente a cada uno de aquellos hombres.

Sabía bien que no se podía fiar de ninguno. Si tenían oportunidad de hacerle chantaje, no dudarían, y si descubrían el lugar donde tenía la imprenta de falsificación o guardaba los dólares impresos le matarían a traición para arrebatarse la hegemonía de aquel trust.

De entre todos, del que menos se fiaba era de Coward, el «play-boy» que semanalmente y sin fallar aparecía en las revistas sociales con una columna por lo menos.

Había muchas mujeres tras él y efectuaba buenos trueques de moneda, pero gastaba mucho, demasiado, más de lo que en realidad ganaba.

—Coward, me gustan los tipos inteligentes, pero no los que se pasan de listos. Yo os considero inteligentes a todos, mas no dejaré que nadie trate de burlarse de mí, de Fobos.

—Bueno, disculpe, si no he colocado la broma en el momento adecuado —arguyó Coward, sonriendo abiertamente y moviendo la cabeza de un lado a otro, buscando otras sonrisas que le apoyaran. Los gestos de sus compañeros continuaban sombríos.

—Coward, eres un imbécil —increpó duramente Fobos.

El «play-boy» trató de levantarse, ahora serio, mas una mano se apoyó sobre su hombro obligándole a sentarse.

Al volver la cara vio tras él a Stiker, el jefe de los «Craw-Fish», una banda que no se distinguía precisamente por la piedad y a la que se tenía por digna sucesora de Anastasia y su «Crimen, S. A.» de los años treinta.

—Es mejor que no se levante, amigo —silabeó Stiker con una sonrisa y aún con el vaso de *whisky* en la zurda.

—Fobos, ¿qué significa esto? ¿Es que pretende intimidarnos con su pandilla de sicarios? —inquirió Coward.

Stiker no se inmutó por la alusión y bebió del *whisky* como si nadie hubiera hablado.

Fobos intervino, diciendo con una calma que semejaba proceder a la tormenta:

—Coward, no pierdas los estribos. Eso se queda para las mujeres histéricas.

—¡Es que...! —Intentó protestar mirando con temor a Stiker, parado a su espalda.

—Coward, he observado algunas anomalías en tus cuentas.

—¿Anomalías? ¡Ninguna! —Gruñó el «*play-boy*», apresurándose a sacar de sus bolsillos varios fajos de billetes que depositó sobre la mesa—. Todos los dólares que se me asignaron en la última reunión están aquí, convertidos en rublos, nada menos que en rublos, lo más difícil de conseguir, lo más buscado en el mercado negro. ¡Los importadores de narcóticos chinos e indios se quitan de las manos estos billetes! En Asia, el rublo es casi más apreciado que el dólar, allí se puede comprar mucho acero a la madre Rusia, y los bolcheviques, con rublos en la cuenta, no se oponen a vender.

—Una tesis magnífica, Coward, pero nunca me he fiado de ti y tú lo sabes, ¿verdad?

—¡Estamos hablando de negocios y no de simpatías! —corrigió el joven mimado por la sociedad y las mujeres de algunos magnates, mientras sus dedos jugueteaban con los millares de rublos que había ante él.

Fobos se encaró con el propietario del Banco, situado al otro lado de la mesa.

—Callagan, díganos algo sobre esos rublos de nuestro amigo Coward.

El interpelado carraspeó. Sabía que lo que iba a decir caería en la reunión como una bomba. Al fin, con la gravedad de un juez dictando una sentencia de pena capital, anunció:

—Esos rublos son falsos.

—¡Eso es mentira! —farfulló Coward. Comprendía que había caído en desgracia y que nadie de los allí presentes le prestaría ayuda.

—No, no es mentira, estoy seguro de lo que afirmo. Comprenderá que mi Banco y más ahora, con estos trueques de divisas sacadas de mercado negro, ha reforzado su plantilla de

técnicos en moneda. Son hombres muy expertos, que controlan billete por billete, y estos rublos han sido sentenciados por ellos como falsos.

—¡No, no puede ser, están equivocados! —exclamó tragando saliva con dificultad.

—Puede que le hayan engañado a él —intervino el magro Spencer, que no había separado ni un instante sus manos delgadas del portafolios, seguramente repleto de francos suizos. Eran su especialidad.

Fobos puso la mano en el bolsillo de su chaqueta y extrajo un fajo de billetes que arrojó sobre la mesa. En ellos se clavaron todas las miradas. Luego dijo:

—Son rublos, por supuesto, también falsos.

Coward le miró con pánico en los ojos.

—¿Qué significa este embrollo?

—Poca cosa, que cuando Callagan me comunicó lo que ocurría, sospeché de ti y te seguí. Es una ventaja que no conozcas mi rostro. Al fin, di con la persona que te vende los rublos a mitad de precio. Tú nos los colocas a nosotros luego como buenos y un diez por ciento más caros que los auténticos.

Todas las miradas convergieron ahora en Coward. Éste estalló en una carcajada y sin frenar su hilaridad exclamó:

—¡Todo ha sido una broma! ¡Sí, sí, una broma para ver si erais tan listos como decíais! Naturalmente, os voy a devolver todo el dinero.

Nadie se contagió de su risa forzada y falsa, todos le observaban gravemente.

Fobos silabeó:

—¿Una broma? Lástima, porque te costará cara, muy cara. De este modo todos comprenderéis que con Fobos no se bromea y el que intenta hacerlo pierde la vida en ello.

El «play-boy» se percató de que había puesto su juego boca arriba y que no había servido de nada alegar que era una broma. Sabía que estaba sentenciado a muerte y decidió salvar su vida al precio que fuese.

Trató de sacar la automática que solía llevar en su sobaquera cuando salía de noche, pero no tuvo suerte. Stiker conocía perfectamente su misión.

El *gángster* golpeó con la culata de su «*Parabellum*» sobre el hombro de Coward, de tal forma que le inutilizó el brazo derecho. Éste cayó inerte a lo largo del cuerpo, colgando por debajo del asiento de la butaca. Luego le apoyó el orificio del arma acondicionada con silenciador sobre la sien.

—No tan aprisa, amiguito.

La voz escapó de la garganta de Coward preñada de terror, pánico y súplica:

—¡No, Fobos, no, restituiré hasta el último dólar!

—No malgastes saliva, Coward. No perdono jamás a quien trata de engañarme. Stiker, dale lo que se ha ganado.

—O. K., Fobos.

—¡NOOOO! —gritó en un alarido de angustia.

La detonación sonó seca. Era como si alguien se hubiera, acercado al pequeño bar del yate y descorchara una botella de champaña.

La cabeza de Coward sufrió una violenta sacudida hacia el lado opuesto al que entrara la bala, una bala que había perforado su sien alojándose en el cerebro.

Ya cadáver, se derrumbó sobre la mesa como preso de un súbito y profundo sueño.

Fobos lo contempló un instante. Coward apenas había perdido unas gotas de sangre, que habían quedado en su propia cara.

—Sacadlo de aquí. Desnudadlo, metedlo en un saco cargado de hierros y echadlo al río. Que jamás se vuelva a saber de él. Si alguna vez encuentran su cuerpo, que nadie sea capaz de reconocerlo.

—¿Y las ropas? —inquirió uno de los dos tipos de la banda de «Craw-Fish», que se había acercado para retirar el cadáver.

—Quemadlas. Lo que encontréis en sus bolsillos, para vosotros. Coward era un tipo que vestía bien y gastaba mucho. Seguramente encontraréis joyas caras, os deseo suerte.

Aquellos *gangsters* sonrieron, satisfechos.

Cuando la puerta del salón se hubo cerrado de nuevo tras ellos, Fobos objetó:

—Pongan todo el dinero que hayan logrado sobre la mesa. Haremos las cuentas y Callagan pagará ya en dólares las ganancias

recibidas en nuestra última reunión.

Todos sonrieron ante la perspectiva de cobrar inmediatamente una buena porción de dólares auténticos. Ya nadie se acordaba del infeliz Coward, sentenciado y ejecutado unos momentos antes por Fobos y Stiker, respectivamente.

CAPÍTULO V

El taxi amarillo se detuvo, y Violet Donovan se inclinó hacia delante para preguntar:

—¿Qué le debo?

—La carrera son un dólar sesenta, señorita.

La pelirroja extrajo dos dólares de su monedero y los tendió al chofer.

—Quédese con la vuelta.

—Gracias, señorita. Ah, y que se le cure el brazo.

—Gracias —agradeció a su vez ella, cerrando la portezuela del auto, que no tardó en alejarse en busca de un nuevo cliente.

Violet, que llevaba echado sobre los hombros un abrigo azul veraniego, se lo colocó mejor para que no se le cayera, ya que llevaba el brazo izquierdo fuera de la manga del mismo, vendado entre el codo y el hombro.

Miró a derecha e izquierda en busca de un rótulo que la orientara.

Era casi mediodía y acababa de salir del New-York

Cornel Hospital de la calle Sesenta y ocho, donde le habían curado la herida recibida en el club nocturno.

Sin vacilar, se internó en el *hall* del «Minnesota Hotel». Estaba situado en Beauver Street, junto al Beatterry Park.

A la joven le encantaba el emplazamiento del hotel. Desde la ventana de su habitación podía contemplar a placer Battery Park y, a lo lejos, la Estatua de la Libertad con sus trescientos dos pies de altura y donde convergían el Hudson y el East River.

Los «*ferry-boats*» le recordaban su Londres natal.

El ascensor la elevó hasta el décimo piso, lugar donde radicaba

su habitación. Tomó el llavín que acababan de entregarle en conserjería y lo introdujo en la cerradura. Instantes después franqueaba la puerta penetrando en la estancia.

—Hola, pelirroja. No creí que te retrasaras tanto.

Violet se giró en redondo. Casi pegado detrás de la puerta vio a un hombre que le repugnó.

Era de mediana estatura, fornido y con unas eternas babas en las comisuras de los labios. Mascaba chicle y vestía traje y sombrero gris. Aquel cuarentón, era uno de los miembros del «Craw-Fish».

—¡Eh! ¿Qué hace usted en mi habitación?

El *gángster* rió silenciosamente, corriendo el pestillo de 1.a puerta para impedir que nadie les molestara.

—¿Qué pretende? —Tornó a inquirir Violet firme, sin asustarse.

—Hombre, no es que seas una chica de despreciar, eres un bombón y a mí me gustan mucho los bombones, pero no tengo tiempo para degustarte y lo siento de veras.

—¿Ah, no? Entonces, ¿para qué tiene tiempo? —le preguntó ella perpleja y retadora a la vez.

—Pues, me han dado un recadito para ti y tengo que cumplirlo.

—¿Un recadito? ¿De quién?

—De Fobos. ¿Has oído hablar de él?

—¿Fobos?

—Sí, Fobos. Es un tipo muy raro y tú por lo visto no le has caído simpática. Fue por meter las narices donde no te interesa.

—¿Se refiere a la muerte de «El Muecas»? —preguntó sin temor, pero retrocediendo a medida que aquel asesino a sueldo, que masticaba monótonamente un grueso chicle, avanzaba hacia ella.

—Sí, por lo de «El Muecas». Dice que eres un testigo molesto, que viste a los que liquidaron al viejo.

—¡Si yo no les vi la cara! ¡Todos estaban vueltos en dirección contraria!

—Bueno, yo podría creerte después de un ratito de diversión aquí los dos, pero luego, quien palmaría sería yo. No me interesa arriesgarme. Yo cumplo el recadito y asunto terminado.

—Pero ¿qué recadito?

Aquel sujeto soltó una risa de hiena y luego, expuso:

—Un amigo mío te envió unos plomos. Por lo visto, sólo te dio

en el brazo y él por su parte palmó. Decididamente no tuvo suerte, yo sí la tendré.

—No pretenderá matarme...

—Simón siempre cumple lo que se le ordena, por eso vivo ya tantos años en este perro mundo. Mira la ventana, está abierta. Sólo estamos en el piso diez, un saltito y no te enterarás de nada.

Violet lanzó una rápida ojeada al ventanal y se percató de que efectivamente aquel sujeto llamado Simón no bromeaba. Lo tenía todo preparado, pensaba arrojarla al vacío.

Como que no tenía ningún deseo de que la recogieran hecha una piltrafa de la calzada, se apresuró a abrir su bolso de mano.

—No tan aprisa, pequeña.

El hombre le arrancó brutalmente el bolso y le cortó con su cuerpo el paso hasta la puerta, única probabilidad de huida.

—¡No, no podrá conseguirlo...! —balbució ella, ya nerviosa.

El *gángster*, por su parte, aparecía tranquilo y sonriente mientras masticaba chicle. Abrió el bolso femenino y de su interior extrajo la pequeña pistola, muy brillante y que reflejó la luz solar que penetraba por la ventana.

—Bonito juguete, lástima que no puedas usarlo.

—¡No se saldrá con la suya, los asesinos no siempre tienen suerte!

—Eso suena a novela barata, pelirroja, yo sí tengo suerte siempre. Ahora saldrás volando y luego te estrellarás contra el asfalto. ¿Y sabes qué haré yo? Pues cobrar un puñado de dólares.

Simón intentó acorralar a la joven, que se hallaba en dificultades por la herida de su brazo. Trató de esquivarlo, pero el hombre conocía su trabajo y no cedió terreno, bien al contrario. Siguió avanzando obligándola a retroceder hasta la letal ventana.

Cuando el verdugo de los

«Craw-Fish»

se abalanzó sobre ella, la joven quedó sentada trágicamente en el alféizar de la ventana.

El miedo se apoderó de Violet Donovan. Su cabeza quedaba ya fuera de la ventana, y la roja cabellera bailó en el vacío.

—Vamos, preciosa, sólo es un saltito, no vas a enterarte de nada —masculó jadeante, ya que la muchacha no cesaba de luchar.

—¡No, no, no lo conseguirá!

Los coches, pequeños, casi en miniatura, danzaron frente a sus ojos. Aquel asesino ganaba terreno, un poco más y volaría hacia la calle...

Violet, que tenía sujetas las manos, propinó con toda su alma un talonazo contra el muslo del *gángster*, hundiéndole el tacón de aguja fabricado en aluminio.

Simón profirió un grito de dolor, soltando breve mente las manos femeninas.

—¡Maldita perra! —masculló escupiendo el chicle.

La inglesa, teniente de Scotland Yard, puso en práctica la lucha defensiva que le enseñaron para tales casos.

Cerró su puño derecho, con el pulgar por delante, y hundió éste con fuerza y fiereza debajo del lóbulo de la de Simón, quien lanzó un chillido.

La joven saltó hacia dentro de la estancia, escapando a la muerte por pulgadas. Casi sin aliento arguyó:

—¡Toma esto también, asesino!

Dio media vuelta para coger fuerza y proyectó su diestra de canto sobre la garganta de su enemigo.

Abrió los ojos desmesuradamente y cayó redondo al suelo. Había perdido el conocimiento.

Violet miró preocupada al caído. De pronto, percibió un ruido extraño que la inquietó.

Volvió su rostro hacia la puerta y observó que el pomo giraba sigilosamente.

«Hay alguien que quiere entrar...», pensó aumentando su inquietud.

Se sintió más tranquila al comprobar que el propio *gángster* había corrido el pestillo. Mientras, afuera, alguien intentaba forzar la cerradura con una ganzúa.

La pelirroja había recibido una educación policial, no en vano pertenecía a Scotland Yard. Sabía en parte lo que debía hacer, pero sólo en parte, pues se hallaba en un país cuyas leyes no eran las mismas del Reino Unido y además tampoco le interesaba que llegaran a su país noticias suyas en las primeras páginas de una prensa negra y sensacionalista.

Recuperó su pistola y desarmó al inconsciente verdugo de los «Craw-Fish».

Mientras, afuera, continuaban hurgando en la cerradura.

Se aproximó al teléfono y llamó insistente aunque en voz baja.

—Señorita, señorita...

—Hable más alto, por favor, no se la oye —dijo la voz de la telefonista al otro lado del hilo.

Protegiendo su voz con la mano ahuecada, pues no deseaba que la oyeran desde el exterior, susurró:

—Estoy resfriada, no puedo hablar más alto.

—¿Con quién desea hablar?

—Póngame con la oficina federal, departamento de falsificaciones. Pida por el agente Dan War.

—Bien, aguarde un momento que le pasaré la comunicación.

Violet esperó a que la pusieran en contacto con el

F. B. I.

Aquellos tipos eran los que estaba buscando Dan War, un agente al que retaba con sus ironías y sarcasmos para no dejarse vencer por su poderoso atractivo.

—¿Quién llama? —preguntó una voz grave y varonil que aceleró los latidos de su corazón.

—¡Dan, soy Violet!

—Ah, hola pequeña. ¿Cómo te encuentras? Me han dicho que habías salido del hospital y que lo tuyo no tenía importancia. Esta tarde pasaré a verte.

—Dan, escucha, estoy en peligro —siseó.

—¿Qué? ¡Violet! ¿Dónde estás? —inquirió el federal al comprender el significado de sus palabras.

—En el «Minnesota Hotel», habitación 1014. Han tratado de arrojarme por la ventana. He podido dominar a mi frustrado asesino, pero hay otro sujeto que traía de forzar la puerta de mi habitación. Estoy preocupada, Fobos quiere matarme.

—¡No te muevas, enseguida estoy contigo!

Se escuchó el ruido inconfundible del auricular al ser colgado y la joven se dispuso a esperar.

El tipo que intentara forzar la puerta había desistido y el pomo había quedado inmóvil. Seguramente ya estaba lejos o quizá al acecho para cuando tratara de salir acabar con ella de una cuchillada, igual que habían asesinado a «El Muecas» o arrojarla por el hueco del ascensor.

Los minutos transcurrieron lentos, pesados. Violet, con la pistola entre sus dedos, se sentó en una butaca frente a Simón.

El *gángster* comenzó a moverse, respirando fatigosamente por aquel duro golpe de karate sobre la nuez de su garganta.

De asestarle aquel impacto Dan War, en lugar de la muchacha, no hubiera podido contarle.

Al fin levantó la cabeza y frotándose el cuello buscó con la mirada a la pelirroja. Cuando la descubrió encañonándole con su pistola suplicó:

—¡No, no dispaes!

—Debería ponerte todo el cargador en la cabeza, pero no lo haré, es decir, sólo dispararé en el momento en que trates de levantarte del suelo.

—No serás capaz —retó ya más confiado y sentándose en el suelo.

—Ya lo creo que sí. —Y tras decir esto, quitó el seguro del arma y su índice acarició el gatillo.

—¡Eh, espera, no dispaes! —exclamó ya más cobarde.

No tardaron en escucharse golpes apremiantes sobre la puerta.

—No habrás llamado a la poli, ¿verdad?

La joven no contestó. Se puso en pie, sin darle la espalda, y sin dejar de encañonarle se acercó a la puerta.

—¡Violet, abre! ¿Te ocurre algo? —gritó el federal desde el exterior.

—Ya voy, Dan.

Descorrió el pestillo y la hoja quedó franqueada.

Mientras la puerta se abría, el *gángster* aprovechó la ocasión para lanzarse a la desesperada contra Violeta.

Dan, que se precipitó en la estancia como una exhalación, captó de inmediato cuanto ocurría. Se hizo cargo de la situación advirtiéndolo:

—¡No, Violet, no dispaes!

Simón ya había atenazado la muñeca armada de la fémina y parecía a punto de arrebatársela la pistola, pero War dio al traste con sus esperanzas.

Los puños del federal se movieron con la celeridad de un púgil en plena forma y el *gángster* tuvo que encajar aquella lluvia de impactos sin poder lanzar ni uno solo.

Al fin se derrumbó sobre la cama con el rostro ensangrentado.

Dan le retorció el brazo a la espalda al tiempo que, con la zurda, le cogía el cabello y le curvaba la cabeza hacia atrás dolorosamente.

—¡Violet, cierra la puerta, que no nos molesten! Este tipo nos tiene que explicar muchas cosas, y si se pone tonto quizá tenga que recibir algunas caricias.

—Sí, enseguida.

Violet obedeció, corriendo de nuevo el pestillo y aislándose del exterior.

—¿Qué ha sido lo que ha ocurrido, Violet? —preguntó el federal sin soltar ni ceder sobre su presa.

—Cuando he entrado aquí, él ya me esperaba. Ha dicho que venía a matarme por encargo de Fobos. Después ha intentado arrojarne por la ventana.

—¡No, no, sólo era una broma! —arguyó Simón, lagrimeando a causa de la fuerte presión que Dan ejercía al tirar de sus cabellos.

—¡Cierra la boca, y tú Violet, continúa!

—Pues si no lo conseguido es porque le he hundido mi tacón en la pierna y le he dado algunos toques de karate. Poco antes de que tú llegarás ha despertado, y le he mantenido amenazado con la pistola. Pero aún hay más.

—¿El qué?

—Pues que otro sujeto, mientras te llamaba, trataba de forzar la puerta desde el exterior. Gracias al pestillo no lo ha conseguido. Por lo visto se ha cansado y ha acabado por largarse.

—Bien, de momento nos encargaremos de éste. Será un buen cabo para conducirnos hasta Fobos. Ahora ya sabemos que ese Fobos es un ser viviente, el jefe de una pandilla de asesinos.

El *gángster* forcejeó para escapar, pero el federal sabía cómo sujetar a un prisionero y no cedió, todo lo contrario, hasta hacer gruñir de dolor al hampón.

—¡Suélteme, no puede tratarme así, la Ley no lo autoriza! ¡Esto es un abuso!

—La Ley no autoriza el tercer grado, pero tú te lo has ganado a pulso. Has perdido y vas a pasar un mal rato, a menos que te decidas a soltar la lengua.

—¡Yo no sé nada! ¡Quiero un abogado!

—Estás listo si crees que voy a permitir que caigas en manos de

un picapleitos sin escrúpulos que ayuda a los cerdos como tú por un puñado de dinero. Dime quién es Fobos y dónde está.

—¡No sé nada, no sé nada! —repitió pese al dolor y como si llevara cinceladas tales palabras en su cerebro.

—¿Quién es Fobos?

El forajido aulló de dolor. Su brazo semejaba ir a desgajársele del hombro, el dolor de la lenta luxación resultaba inaguantable. Al mismo tiempo, parecía tener un hormiguero aprisionado todo su cuerpo cabelludo.

—¡No lo sé, no lo sé!

—¿No lo sabes? ¿Y has venido por encargo suyo a cometer un asesinato?

—¡No lo sé, lo juro! ¡Fobos siempre lleva la cara tapada por una media! —arguyó entre un chillido de bestia herida.

—Eso ya parece más interesante. ¿Es griego?

—No, creo que no, pero tampoco lo sé. Habla muy bien el inglés.

Tú sabes más de lo que dices, estoy seguro, y si no confiesas te encontrarás metido en un lío hasta el cuello. Podría acusarte del asesinato de «El Muecas».

—¡No hay testigos, y además yo no fui!

Violet intervino diciendo claramente:

—Yo podría ser tu testigo de cargo.

—Ya has oído, ella podría enviarte a la «parrilla», y te aseguro que los qué yo, he visto en la silla, han quedado bien fritos. ¿Te gustaría pasar por ese trago?

—¡Yo no lo maté!

—Eso no nos importa. Podemos enviarte a la silla eléctrica tranquilamente y sólo escaparás de ella si hablas. Entonces, lo máximo que te saldrán serán tres años en el presidio de Long Island.

En aquel instante, por el hueco de la ventana que quedara abierta, y por la cual el hampón estuviera a punto de arrojar a Violet, asomó el cañón de una pistola que comenzó a vomitar plomo y fuego.

CAPÍTULO VI

Simón sufrió una convulsión cada vez que un plomo mordía su carne y se incrustaba en su cuerpo, que no tardó en quedar salpicado de rosetas rojas que se agrandaron lentamente.

—¡Cuidado, Violet! —masculló War, lanzándose hacia la derecha al tiempo que una bala trataba de alcanzarle.

Dan era rápido en sacar un «Browning» de la sobaquera y disparar. Lo había demostrado en el club nocturno y tornó a dar pruebas de ello en el «Minnesota Hotel».

Dos plomos escupió su automática. La pistola que todavía asomaba por el hueco de la ventana salió despedida al vacío.

—¡Dan, está en la marquesina! —gritó Violet.

War corrió hacia la ventana y asomó la cabeza. Un puntapié de aquel inesperado asesino estuvo a punto de partirle las mandíbulas, aunque el golpe se perdió en el vacío.

—¡Cuidado, Dan, ese sujeto está dispuesto a todo! —gritó Violet, excitada.

Aquel tipo, que no era otro que el compañero de Simón, que ahora yacía cadáver sobre la cama, era ágil y felino.

Su pequeña estatura y delgadez hacían que pudiera caminar sobre el estrecho saliente con cierta seguridad.

San asomó por la ventana ya más tranquilo, pues aquel tipo se hallaba un par de yardas más lejos. Conminándole con su pistola ordenó:

—Vuelve y despacio.

—¿Quieres liquidarme, federal? —preguntó con sarcasmo el delincuente, mirándolo irónico.

—Sí. Dispararé contra ti si no regresas hasta aquí la situación era verdaderamente difícil para el forajido. Se hallaba aferrado con

ambas manos a los salientes del edificio, que resultaban muy escasos, y sus pies, puestos de lado, se apoyaban en la marquesina.

Debía llegar hasta el ángulo del edificio cercano y doblar por él para buscar la habitación por la que saliera al exterior y huir desde allí.

En la calle, diez pisos más abajo de los pies del hampón, la circulación seguía incesante.

Varios transeúntes se habían percatado de su situación y se habían detenido en la acera opuesta para ver cómo terminaba aquella patética escena.

—¡Dispárame federal, no pienso entregarme!

—Prefieres morir, ¿eh?

—Preferiría que tú vinieras a buscarme, pero tampoco llegarías a tiempo. Voy a largarme, y delante de tus narices, porque no me dispararás. Tienes demasiado público y verían que matas a un hombre indefenso y en un momento tan crítico.

—¡Eres un puerco! —masculló War, irritado.

—No conseguirás que vuelva y tampoco me dispararás, porque a lo mejor, al caer, aplastaría a alguna víctima inocente que moriría lo mismo que yo. Quizá una mujer, quizá un niño.

El enviado de Stiker, bajo órdenes directas de Fobos, comenzó a avanzar lentamente hacia el ángulo del edificio para doblar por él y desaparecer en la pared opuesta.

—¡Maldito tipo, no voy a dejar que escape! —Gruñó War.

Se guardó la pistola y decidido, sin pensar en lo que podía ocurrir al menor traspies, salió al exterior por el hueco de la ventana.

—¡No, Dan, no, vas a matarte! —gritó Violet angustiada, intentando retenerle.

—¡Suéltame, ese tipo no se me escapará!

La pelirroja, con la respiración en suspenso, hubo de dejarle. El federal se puso en pie sobre la marquesina y comenzó a avanzar hacia el asesino fugitivo.

—Vamos, federal, acércate más y te enseñaré cómo se vuela sin alas ni paracaídas —advirtió retador el hampón, riendo por lo bajo.

La situación de War era comprometida. Debía avanzar hacia el asesino y éste, ya mejor engarfiado sus dedos en los salientes, aguardaba quieto para luego darle el empujón final que lo lanzara

al vacío.

—Estás perdido. Has logrado que el otro no hablara, pero tú sí hablarás. Yo sabré tirarte de la lengua.

—¡Primero tendrás que cogerme vivo, funeral, y lo máximo que conseguirás es que nos estrellemos los dos juntos!

Dan continuó avanzando como un lagarto pegado a la pared.

El público iba haciéndose más numeroso, pero sus murmullos y gritos no llegaban hasta ellos. La farragosa circulación y la distancia hacían que ambos sólo escucharan sus propias palabras y el ulular del viento rozando la esquina del edificio.

—¡Cuidado, Dan, no dejes que te lance al vacío! ¡Déjalo, lo cogeremos igual! —gritaba Violet temblándole las manos en el alféizar. Pensaba que War había acudido a su llamada sólo para ponerse en brazos de la muerte.

Apenas había entre ambos media yarda, la pelea era inminente. El hampón no estaba dispuesto a dejarse coger, y sí a estrellar al federal contra el asfalto.

War, con su mayor envergadura, estaba en peor situación, pues guardar el equilibrio le resultaba más dificultoso. Sus pies sobresalían peligrosamente de la marquesina cuando aquel tipo, con los dedos sujetos sólidamente en una hendidura horizontal, proyectó un punterazo al pie de War con tal puntería que éste salió de la marquesina trágicamente.

En la calle hubo un gran murmullo, y un ¡Ay!, contenido. Violet sintió que la sangre tamborileaba en sus sienes.

Dan notó que su pie perdía el punto de apoyo y quedaba colgado.

Aquel verdugo, que había tenido suerte en su primer contacto de pelea, se acercó al federal cuyos pies pendían ya patéticamente en el vacío. Veía seguro su triunfo y sonreía abiertamente mostrando sus dientes grandes.

Violet apuntó con su arma al forajido y éste, mientras se inclinaba sobre el federal, advirtió a voz en grito:

—¡Dispara, pelirroja, y los dos nos iremos abajo!

La pequeña pistola que reverberaba la intensa luz del sol veraniego, tembló entre sus dedos.

—¡No te saldrás con la tuya, puerco! —Gruñó War sin conseguir apoyar sus pies en parte alguna.

Abajo, en la calle, varios comenzaban a contar los segundos que tardaría en caer y un guardia había detenido el tráfico y despejado los posibles lugares donde podían estrellarse los cuerpos de los dos hombres.

El asesino se inclinó más sobre War, y soltando una de sus manos, la introdujo en la chaqueta de su adversario. Éste, incapaz de utilizar sus manos, vio cómo él gángster le arrebatava siniestramente la «Browning».

—Con un arma me sentiré más tranquilo. Os liquidaré ti y a la pelirroja y me abriré paso aunque sea hasta el infierno, llevándome por delante a cuantos traten de detenerme.

El cañón de la pistola apuntó a la sien de War. Allí iba a acabar su carrera en el

F. B. I.,

y en la vida. Pero no, no dejaría que aquel tipejo con dientes de caballo y tan delgado como un alambre se saliera con la suya.

Jugándose el todo por el todo, se soltó de una mano quedando únicamente colgando por cuatro dedos, metidos en la hendidura horizontal.

Con la mano libre atenazó la diestra armada del asesino. Éste disparó, más la bala no dio en la cabeza del federal, sino que se perdió en el vacío.

—¡Te mataré, te mataré! —repitió excitado.

War, en la situación más difícil de su existencia, tiró con fuerza de la muñeca armada del delincuente, y éste fue materialmente arrancado de la pared.

Por un instante, sintió un brusco tirón de su mano y sin pensarlo, en un acto instintivo, soltó su presa. El no seguía a aquel asesino al infierno.

Un alarido infrahumano acuchilló su oído.

En Beaver Street se hizo un gran silencio. Luego llegó hasta el federal un ruido sordo. Todo había terminado.

Haciendo gala de su fuerza y agilidad física, War consiguió retornar sobre la marquesina, ya sin el acoso del asesino. Avanzó hasta la ventana y lo primero que notó fueron unos labios fogosos que lo besaban con desesperación.

«Violet sabe besar», reconoció para sí el federal.

El «Buick» negro policial se detuvo a la altura del ciento catorce

de Broadway el tiempo justo para que el agente Dan War saltara al interior del vehículo y cerrara la portezuela.

El automóvil rodó de nuevo por las calles de Manhattan en dirección al Harlem River.

—¿Cómo se encuentra, War?

El interpelado, tras arrellanarse en el asiento, miró al inspector Roy Cameron y contestó lacónico:

—Bien.

—¿Un cigarrillo?

En silencio, War tomó un cigarrillo de la pitillera de plata en cuya parte interior aparecía la foto de la novia que falleciera poco antes de la boda, y a la que Cameron había sido fiel con su soltería.

Cuando ya el inspector hubo guardado su pitillera y War exhalaba la primera bocanada de humo, éste último observó:

—¿Se ha acatarrado jefe? Tiene la voz más ronca.

—Sí, ayer tarde estuve en el club de golf de Nueva Jersey, y un maldito y solitario chaparrón me puso hecho una sopa. Cuando quise abrigarme ya era tarde. Por poco cojo una pulmonía.

—Ha tenido suerte, jefe. No siempre se sale bien de una, situación apurada.

—Sí, de eso quería hablarle. Ha sido muy espectacular su pelea con un gángster sobre la marquesina exterior de un edificio a diez pisos de altura.

—No pude evitarlo. Ya sabrá que el otro mató a su propio compañero para que no hablara.

—Sí, he leído el informe antes de pasar a recogerle. No obstante, a ese sujeto tenía que haberlo cazado vivo. El F. B. I, no está para ir baleando a los malhechores por la calle o en situaciones espectaculares. Debemos aprehender a los delincuentes y conducirlos sanos y salvos hasta la Corte Federal. Unos jefes cualificados serán los que dicten la sentencia oportuna.

—¡Por todos los diablos! ¿Es que quería que me tirara yo también desde el décimo piso para ponerle los brazos y que no se lastimara al caer?

—No se excite, War, y sea realista. Esa clase de prensa no nos favorece, siempre se lo he dicho.

En aquel momento, el coche fue detenido como otros múltiples frente a un disco rojo. Cuando el paso quedó libre, y el conductor,

también un federal aunque novato, puso de nuevo el «Buick» en marcha.

War expulsó lentamente el humo de su cigarrillo como si pretendiera controlar sus nervios y dijo después:

—Ya sé quiénes eran los tres que han tratado de liquidar a nuestra pelirroja.

—War, de ella principalmente quería hablarle —cortó Cameron la explicación.

—Está a salvo. Sólo tenía un poco de vendas en él brazo, una herida sin trascendencia.

—No tanto, War. ¿Sabe de dónde vengo yo?

—Lo ignoro.

—Pues del Consulado Británico, donde se me ha requerido apremiante.

—¿Y qué le han contado los flemáticos súbditos de su Graciosa Majestad?

—No me han contado, sino comunicado a que cuide mejor de la salud física de Violet Donovan. Que la aparte de este caso inmediatamente y que no se me vuelva a pasar por la cabeza meter a ciudadanos británicos en líos de gangsters. Por si fuera poco, me han advertido que el propio Edgar Hoover ha pedido una conferencia desde Washington para hablar conmigo esta noche a las diez. ¿Imagina para qué?

—Veo que este caso trae demasiadas complicaciones. Esos chicos de la prensa han volcado demasiada tinta en él.

—Pues el asunto debe cortarse y en el acto, Violet Donovan no tendrá que ver nada más en este caso y saldrá para Quántico mañana mismo. Son órdenes superiores, a menos que el consulado de la orden de regresar inmediatamente a Inglaterra.

—Una lástima, me agradaba la compañía de la chica. Me cae simpática.

—No tiene por qué lamentarse, War —corrigió Cameron.

—Lo digo porque me sabe mal no tenerla más al lado, Nos habíamos hecho amigos.

—Pues no tema, continuarán siéndolo.

—No comprendo. Si se aleja, sólo podré mantener correspondencia con ella y resulta que siempre he sido perezoso para escribir. Ya he perdido más de cinco novias por olvidarme de

responder a sus misivas.

—Es que no tendrá que dejarla —advirtió Cameron mientras cruzaban la calle 145 siguiendo la avenida Amsterdam, siempre en dirección Norte.

—Sigo sin entender.

—Pues es bien fácil. Acompañará a *miss* Donovan hasta Quántico, para mostrarle la Academia y todas las instalaciones del F. B. I.

No olvide que es una teniente de Scotland Yard, y ha venido a los Estados Unidos invitada por nosotros, no precisamente para que la baleen unos gangsters, sino para enseñarle nuestra eficiencia policial, de la que estoy seguro ya comenzará a dudar.

—Pero, jefe, ¿y el caso? —inquirió Dan entre excitado y molesto, pues jamás le habían quitado de las manos una investigación ya empezada.

—Su misión es acompañar a la teniente, son órdenes superiores.

—¡No puede quitarme el caso ahora! ¡Acabo de averiguar por dos confidentes que uno de los tipos, llamado Simón, pertenecía a la banda de los

«Craw-Fish»!

Por tanto, supongo que los otros dos también.

Cameron sonrió irónico. Desdeñoso objetó:

—No irá a decir que la banda de los

«Craw-Fish»

protege a ese misterio y enigmático Fobos, un tipo que se cubre el rostro con una media femenina para no ser reconocido. War, déjese de fantasías.

—Es lo que pude sacarle al tipo que murió baleado por su compañero. Estoy seguro de que es cierto.

—Pues Cuénteselo al agente Gordon, él se encargará del caso.

—¿Gordon? ¡Si es un abúlico! ¡Él no hará nada, jefe!

—War, no me haga levantar un expediente contra usted. Recuerde que la obediencia es sinónimo de fidelidad, y ésta es la primera palabra del

F. B. I.

Fidelidad, bravura e integridad.

Dan War acababa de recibir un duro golpe con aquellas palabras. Se reclinó en el asiento del «Buick» y fumó pensativo con

sus pupilas gris-azuladas perdidas en el vacío. En aquel instante, el auto se detuvo y el conductor advirtió:

—Inspector Cameron, hemos llegado.

CAPÍTULO VII

Dan War comenzó a subir pesadamente los escalones que habían de conducirlo a su apartamento, un apartamento que muchos compañeros federales le envidiaban por estar ubicado en el centro de Manhattan. De este modo podía tener muchas más amigas.

En realidad, War no era un hombre que fuera en pos de las faldas, pero éstas en cambio siempre habían ido detrás suyo y él nunca había querido decepcionarlas.

Sacó el llavín de su bolsillo. Lo introdujo en la cerradura, volteándolo dos veces y se franqueó la puerta, penetrando en el apartamento.

Al encender la luz y cerrar la hoja a su espalda quedó sorprendido al descubrir a la atractiva pelirroja recostada en el sofá y fumando un cigarrillo.

—¡Violet!

—Hola, Dan, hace rato que te espero. ¿Sabes que tienes un apartamento muy confortable? Me he permitido prepararte una cena fría. Tiene el frigorífico bien surtido y ha sido fácil —dijo ella, señalando la pequeña mesita que había frente al sofá.

—Pero ¿cómo diablos has entrado en mi apartamento, si la puerta estaba cerrada?

Violet sonrió aunque un poco forzada. Se adivinaba un halo de preocupación en su rostro.

—¿Olvidas que soy teniente del grupo femenino de Scotland Yard?

—Ya, una ganzúa.

—No, una, horquilla del cabello. Tienes una cerradura bastante simple —comentó irónica.

—Sólo falta eso, que ahora tú te burles de mí —objetó él,

dejándose caer pesadamente en el sofá junto a la fémina, que no rehuyó su proximidad.

—Dan, pareces malhumorado.

—Y tú también.

—Bueno, creo que tengo motivos para estarlo. He sido requerido esta tarde en el Consulado, y por cierto, el propio embajador que se hallaba de paso en Nueva York, me ha dirigido la palabra.

—¿Bronca?

—Sí, una diatriba bastante seria. Me han recordado que estoy en los Estados Unidos, para visitar unas oficinas, dependencias y laboratorios, y no para meterme en líos de gangsters. Que para defender la Ley me espere a regresar a Inglaterra.

—Vaya, no han estado muy amables, precisamente.

—Desde luego. Se han lamentado del escándalo que han dado los periodistas con respecto a este asunto.

—Menos mal que todavía no te han hecho volver a Inglaterra.

—Pues han estado a punto de darme el billete. El embajador me ha dicho que de no ser una invitada especial del Federal Bureau of Investigation, con los que no se puede quedar mal, inmediatamente partiría para Londres.

—¡Vaya, vaya! Han estado riñendo a la ovejita que se desmanda y mientras, un puñado de asesinos y falsificadores sueltos por ahí cometiendo tranquilamente sus fechorías.

—¿Y a ti qué te ocurre, Dan? ¿No has digerido aún el mal rato de esta mañana en la marquesina?

—¿Quién se acuerda ahora de eso? En esta profesión, momentos de peligro se viven muchos, pero pronto los olvido. Es algo peor.

—¿Peor?

—Tengo que acompañarte a Washington y Quántico, para mostrarte todas las oficinas, laboratorios y dependencias de nuestra organización, los grandes cerebros electrónicos que controlan los centenares de millares de fichas, fotografías y huellas dactilares de los delincuentes de mi país, e incluso del extranjero. Muchas veces, la

C. I. A.,

nos consulta a nosotros.

—¿Y te disgusta tanto acompañarme? —inquirió Violet, con cierto resquemor.

—No, no es eso. Contigo..., bueno, no continuó. Lo que sucede es que me han quitado el caso, que no debe ya investigar nada sobre este asunto, que queda en manos de otro compañero.

—Ya comprendo. Es como si a un niño, le hubieran arrebatado su juguete predilecto, para que su institutriz se lo lleve de paseo.

Dan se giró de repente. Cogió el cabello femenino con su zurda y tiró de él obligándola a girar la cabeza. Entonces la besó.

—Dan... —musitó tras respirar con fuerza.

—Violet, tú eres el juguete máspreciado para mí.

Ella se apartó el cabello que le caía junto a la cara, y recostó su cabeza sobre el hombro varonil. Con voz susurrante preguntó:

—¿Sólo un juguete, Dan?

—Más que eso, pequeña. No creas que lamente acompañarte, ni mucho menos, lo que no puedo evitar es sentirme molesto. Para mí un caso es algo muy importante, casi más que mi propia vida.

—Lo sé. Dan. Lo has demostrado este mediodía. Te comprendo porque también defiendo la Ley y expongo mi vida muchas veces en favor de la justicia y el orden.

—Ya verás, ya había averiguado que los que han tratado de asesinarte pertenecen a una banda determinada, un poco difícil de localizar ahora mismo si quieres, pero que acabaría por dominar.

—¿Y quién dirige esa banda?

—La banda se llama los

«Craw-Fish».

—¿«Craw-Fish»? Qué nombre tan singular. Los cangrejos nunca me han caído simpáticos.

—A mí tampoco, y estos menos. Su jefe es un tipo llamado Stiker. Está fichado, pero no con el

F. B. I.,

sino por la policía Metropolitana de Chicago. Es muy rara que se haya desplazado a Nueva York con su banda es pleno.

—¿Crees que Stiker es Fobos?

—No. Yo diría que Fobos es un sujeto más cerebral, un tipo que ha contratado a esa pandilla para que la guarden las espaldas y a su vez le sirvan de verdugos asalariados.

—¿Y qué te ha dicho el inspector Cameron?

—Que me largue a Quántico de paseo contigo —replicó War un tanto rencoroso.

—¿No le has pedido que te dejara continuar el caso, ya que comienzas a encontrar pistas?

—Sí, ya se lo he pedido, y no es por abandonarte a ti.

—¿Se ha negado a escucharte?

—Sí. Le ha dado el caso a Gordon, nada menos que a Gordon.

—¿Vale como agente ese Gordon?

—Antes cogería un chiquillo a un ladrón callejero que ese Gordon a un simple vendedor de drogas.

—Parece que tienes en poca consideración a tu compañero. ¿No será que lo subestimas?

—No creas que le tengo envidia porque le den mi caso, no es eso. Gordon ha fracasado en varias misiones que le han encomendado e incluso se le levantó expediente para echarlo del Cuerpo, pero no se le expulsó por tener en cuenta valiosos servicios prestados hace muchos años. Gordon no es el mismo de antes, es un abúlico incapaz de hacer nada, desde que salió de un hospital de toxicómanos.

—¿Se drogaba? —preguntó Violet estupefacta.

—Sí, fue en un caso muy difícil para Gordon. Tuvo que hacerse pasar por malhechor y se vio obligado a tomar drogas. Pero se le fue la mano y tuvo que ser hospitalizado durante varios meses.

—¿Y después de eso continuó en el Cuerpo?

—Sí, pues se consideró que él había tomado drogas por causa de un servicio en el que arriesgó la vida, y tuvo éxito. Luego, al salir del hospital, ya no era el mismo. Carece de voluntad, de interés, y Roy Cameron lo sabe, por eso le trasladaron al Departamento de Falsificación y no continúa en el de estupefacientes, que es el que estaba en principio.

—Quizá quieren rehabilitar a Gordon con este asunto. Si lo resuelve podrá apuntarse un éxito.

—Violet, esto es más difícil de lo que parece a simple vista. Ese Fobos del diablo, se me antoja un tipo muy cerebral. Son los peores enemigos que podemos tener, porque los que se comportan como bestias salvajes, no tardan en caer. Los más listos y escurridizos, como ese Fobos, cuando lo ven todo perdido abandonan el barco en el que navegan con todos sus servidores, y desaparecen para reaparecer un tiempo más tarde en cualquier otra ciudad con una nueva organización.

—Yo también siento que no puedas continuar este caso, sé que los descubrirías —dijo ella con sentimiento y acariciando su rostro mimosamente.

Violet Donovan siempre se había sentido orgullosa y fuerte frente a hombres y mujeres, pero allí, junto a War se sentía pequeña, infinitamente pequeña, como una simple gata que ha de acariciar a su amo.

No comprendía cómo le sucedía aquello, pero era la situación real que vivía, por ello había ido a buscarle a su apartamento. Deseaba estar cerca de él.

—Violet, mi instinto me advierte de algo grave.

—¿Tu instinto? —preguntó la muchacha sorprendida, levantando la cabeza frente a la de él—. ¿Y qué te dice?

—Que debo seguir adelante, hacer caso omiso de las órdenes de Cameron y llevar la investigación por mi cuenta.

—¡Dan, eso es grave! —exclamó ella asustada.

Ceñudo, con la mirada fija en el desnudo al óleo que ni siquiera veía, asintió:

—Lo sé.

—Pueden expulsarte del Cuerpo por desacato a la superioridad, ¿no? Al menos, eso es lo que harían en Scotland Yard, en un caso como el tuyo.

—Sí, el F. B. I, también es muy estricto al respecto, pero no me importa. Mi instinto me dice que debo contornar aunque sucumba yo o mi carrera en la empresa.

—Dan, estás loco, loco.

—Por ti y por la justicia, Violet.

—¿No comprendes que no puedes hacer nada de lo que dices? Te cogerían enseguida, en cuanto se diesen cuenta de que no te has desplazado a Washington y Quántico.

—Violet, ¿deseas tú marchar a esos lugares?

—No. Si tú te quedas, yo haré lo mismo. No me importa que me metan en prisión si es por ayudarte a ti, y a la justicia, que en estos momentos, aunque pueda pensar que eres un loco, quizá veas más clara que yo.

—Entonces, haré algo para que Cameron me deje tranquilo proseguir la investigación. Gordon no irá muy lejos con su abulia.

—Tendrás que ir remitiendo partes a tu jefe el inspector

Cameron a medida que se sucedan los días y el viaje.

—Sí. Escribiré cartas a mis amigos de Washington, Quántico, y dentro de un sobre pondré otro. Ellos se encargarán, a petición mía, de enviar el sobre a Nueva York por correo certificado. De este modo, el inspector Cameron creará a pies juntillas que no estoy en Nueva York.

—Pero ¿y cuándo termine el caso y el engaño se descubra?

—Si he capturado a los asesinos, a Fobos en concreto, me daré por satisfecho y me someteré a la disciplina que se me imponga. No pienso renunciar a mi instinto, que me pide que siga adelante.

—Bien, Dan, yo permaneceré a tu lado, aunque no podré regresar al hotel. Tendré que quedarme aquí, en tu apartamento. Oficialmente estaré de viaje.

—De acuerdo. Podrás mantenerte en contacto conmigo a través del teléfono. Sin embargo, no deberás contestar a nadie, es decir, cogerás el teléfono por si soy yo y en caso de no escuchar mi voz dirás...

—Se ha equivocado, y colgaré.

—Exacto —asintió él cogiéndola por los hombros amorosamente.

—De acuerdo, pero comencemos nuestro plan comiendo. Hemos de coger fuerzas.

—No tan aprisa, Violet. La cena es fría, puede esperar.

—Y mientras canto, ¿qué hacemos?

—Esto.

War la estrechó con fuerza.

Violet Donovan pensó que aquello era mucho mejor que unos canapés, y se dejó besar por el federal.

CAPÍTULO VIII

Obstaculizado por el montón de diarios y revistas que portaba, Dan War llamó como pudo al timbre de su apartamento, teniendo buen cuidado de que sonaran tres timbrazos largos y un último corto.

El cerrojo se descorrió desde el interior, y el rostro de la pelirroja asomó en el umbral.

—Pero, Dan, por poco te traes un camión.

—Vamos, déjame pasar, que no me vean.

Una vea se hubieron aislado en el apartamento, War dejó caer toda su carga de noticias impresas sobre la mesita baja.

Violet se apresuró a coger algunos periódicos al tiempo que preguntaba:

—¿Te ha sido difícil encontrar todo este material?

—No, tengo buenos amigos periodistas. Sólo he tenido que prometerles que en cuanto tenga alguna noticia interesante les daré la primicia.

Con cierta ironía, la joven preguntó:

—¿Cumplirás tu promesa?

—Si encuentro a Fobos, sí. De lo contrario, tendrás que publicar mi foto en prime: a página y no precisamente para alabarme.

—Dan, ¿crees que este caso tiene alguna relación con las falsificaciones de Carlo Leoni Esperati?

—Segurísimo. Quién es Fobos, lo ignoro, pero es posible que ese tipo se quedara con la herencia de billetes falsos dejados sin dueño a la muerte de Esperati.

—¿Por qué?

—Antes de despedirme del inspector para realizar nuestro supuesto viaje a Washington y Quántico, pasé por los archivos. Los

billetes falsos de Esperati incautados, tenían el mismo número de serie que los que te entregó «el Muecas».

—Es un dato muy significativo, lo que no comprendo es por qué no cambiaron la numeración.

—Eso significaría tener que grabar nuevas planchas y una misma obra de arte no suele salir bien dos veces.

—En ese caso podría suceder muy bien que quedara una verdadera montaña de billetes falsos y que el enigmático Fobos se hubiera apoderado de ellos. En la actualidad debe estar colocándolos en circulación.

—Exacto. Por ese motivo, es necesario que repasemos los hechos ocurridos en la muerte de Esperati hace nueve meses.

—Pues empecemos el trabajo de una vez. Ya he preparado café en abundancia, nos hará falta.

Mientras las tazas de café humeaban, Dan se puso cómodo en su indumentaria, dejándose el cuello de la camisa abierto, las mangas subidas y el lazo de la corbata abierto con desahogo.

Ambos se dedicaron a la pesada tarea de repasar cada una de las páginas de todos los periódicos y revistas con minuciosidad, sin perder detalle ni palabra.

—Dan, escucha lo que dice aquí.

—Puedes leer —dijo él llevándose a los labios la taza de café.

«El famoso falsificador de billetes de Banco, cuando se hallaba a punto de caer bajo la mano segura del Federal Bureau of Investigation, fallece por causas naturales. Tres médicos certifican su defunción.»

—No cabe duda de que Esperati tuvo mejor suerte que su pandilla. Escucha lo que pone aquí.

—Soy toda oídos —asintió ella, apartando la vista del «New York Herald Tribune» que sostenía entre sus manos.

War sujetó con fuerza el «*Look*» antes de leer:

«Masacre en el entierro de Esperati. Ocho personas mueren acribilladas por las balas de un audaz desconocido». —Hizo una pausa y prosiguió—: «El

desconocido, según los todavía aterrados testigos del múltiple asesinato, se situó ante los participantes al funeral mientras el cuerpo de Esperati se convertía en cenizas dentro del horno crematorio de la calle Veinte en Brooklyn. Sacando un ametrallador de la cartera, barrió a cuantos se le pusieron por delante. De los ocho muertos, dos eran policías en servicio de la Metropolitana neoyorkina, y otros dos resultaron gravemente heridos. Los “G-men” han tratado de dar con la personalidad y paradero del desconocido sin resultado alguno, padeciéndoles que se lo ha tragado la tierra, según manifestaciones textuales del capitán Sullivan de los “G-men”».

—¿Y dice algo de los testigos?

—Sí. Nadie de los que quedaron vivos reconoció al autor del desastre, un personaje extraño. Sólo saben decir de él que tenía las mejillas muy sonrosadas, casi como las de un «*baby*».

—Dan, creo que ya lo tenemos. Ese hombre no puede ser otro que Fobos.

—Sí, yo pienso lo mismo. Es más, creo que debía ser un miembro de la pandilla de Esperati. Quizá muerto el jefe decidió eliminar a todos sus compañeros para quedarse con los billetes ya falsificados. Si éstos formaban una fabulosa cantidad, ya no le hacía falta la colaboración de los demás. Todo el dinero sería suyo si era lo suficientemente listo para esperar y pasarlo luego con cautela.

—Pues al parecer lo ha sido —observó Violet, también muy interesada en el asunto.

—Si al menos hubiera quedado vivo alguno de la pandilla para testificar, nos revelaría el nombre del enigmático Fobos.

Cuando de nuevo se entregaban a la tarea de repasar hoja por hoja, sonó el timbre del teléfono. Ambos quedaron en suspenso mirándolo.

En principio se resistieron a contestar. Oficialmente, se hallaban fuera de Nueva York, pero como el timbre insistiera, Dan indicó con voz ronca por la preocupación:

—Violet, responde tú, pero con cautela.

La pelirroja tomó el auricular y se lo llevó al oído, preguntando:

—¿Quién es?

—Oiga, oiga, ¿está Dan War ahí? —preguntó una voz femenina al otro lado del hilo.

—¿Quién es? —inquirió esta vez el federal a Violet en voz baja, mientras ésta tapaba el auricular con su mano por precaución.

—Es una mujer, pregunta por ti.

—Dame, quizá sea alguna entrometida. —Aproximó su boca al micrófono e interrogó—: ¿Quién es?

—¿Eres tú, Dan?

—¿Y tú quién eres? —preguntó él sin afirmar ni negar.

—Silvana Benini, la bailarina.

—Sí, soy War. ¿Qué sucede? —dijo el agente, exponiéndose en busca de noticias.

—Creo que no tardaré en saber quién es Fobos.

La diestra del federal se crispó sobre la cercana taza de café. Violet observó su gesto.

—¡Por Satanás, Silvana, dime su nombre, pronto!

—No, aún no, primero necesito estar segura.

—Pero al menos dime de quién sospechas —insistió él.

—No, no deseo exponerme hasta saberlo de cierto, Dije que te ayudaría, ya lo estoy haciendo.

—Pero, Silvana, si el nombre que me digas no corresponde a Fobos no sucederá nada.

—Lo siento, Dan, no puedo, Deberás aguardar unas horas.

—¿Cuántas? —inquirió impaciente.

—Son las siete. Pasa a la una de la noche por mi apartamento de Brooklyn. Te esperaré para contarte lo que sepa.

—¿Podemos vernos antes, Silvana?

—No, Dan. Si vienes antes a mi encuentro, todo se habrá perdido y además yo no colaboraría contigo. ¿Comprendido? Hasta la una, Suerte, Dan.

—Suerte, Silvana —respondió.

Al poco, la línea era cortada al otro lado del hilo. La bailarina había colgado.

—¿Interesante, Dan? —preguntó Violet.

—Sí. Silvana, la bailarina hija de «el Muecas», está segura de que pronto podrá identificar a Fobos, pero no antes de la una de la

noche y en su apartamento.

—Entonces tendremos que esperar —suspiró resignada.

—Es lo mejor. Si fuera a vigilarla, quizá pusiera en peligro su vida. Estoy seguro de que Fobos nos conoce y en cambio nosotros poco sabemos de él.

Prosiguieron la lectura de periódicos y revistas hasta que al fin descubrieron algo que les pareció interesante.

—Mira, Dan, aquí pone la lista de los que cayeron y de los heridos del funeral de Esperati. A todos se les tomó declaración, excepto a uno, por hallarse en estado de coma e internado en el Bellevue Hospital.

—A ver, déjame. —War tomó la revista y leyó a continuación de la noticia—. «Angelo Brocone fue recogido en estado de coma, y los médicos han calificado su situación de preagónica. Tres proyectiles fueron extraídos de su cuerpo. Uno de ellos se hallaba incrustado en la base del cráneo, y los otros dos le perforaron el pulmón derecho».

—Pobre hombre, ni que le hubieran puesto ante un piquete de ejecución —comentó Violet.

War permaneció pensativo unos instantes al tiempo que repetía:

—Angelo Brocone, a ver si la memoria no me falla esta vez...

La pelirroja le observó. Había admiración e inquietud en sus ojos chispeantes.

—¿Te dice algo su nombre?

War chasqueó los dedos y exclamó satisfecho:

—Ya está, ya lo recuerdo. La memoria no podía fallarme. Angelo Brocone, cuarenta y tres años, emigrado en el año cuarenta y cinco de Sicilia, profesión ayudante de laboratorio, detenido por falsificación de billetes, pero puesto en libertad por falta de pruebas. Estuvo un año recluido en Leavenworth por acuchillar a una prostituta en Kansas City.

—Vaya, es todo un ejemplo, y tú, Dan, todo un archivo. Ni las computadoras electrónicas podrían igualarte.

—Mi memoria es uno de las pocas cosas de las que me siento orgulloso.

La pelirroja le enlazó el cuello con sus brazos desnudos y le dio múltiples y fugaces besos en el rostro y cuello, al tiempo que objetaba:

—Puedes estar orgulloso de muchas cosas, Dan. Te lo dice una

mujer que ha perdido su orgullo por ti.

—Violet, eres un encanto, pero ponte algo encima que tenemos que salir.

—¿Adónde?

—Al hospital Bellevue, tenemos que averiguar qué fue de Angelo Brocone.

—Estará más que enterrado, Dan, será una visita inútil —arguyó Violet, incorporándose un tanto desganada. Se hallaba cómoda allí en el sofá, repasando periódicos y revistas en compañía del norteamericano.

—Lo más seguro, pero puede que alguna enfermera nos cuente algo de él.

No tardaron en rodar por el centro de Manhattan. Enfilaron por la Primera Avenida hasta detenerse ante el Bellevue Hospital.

Una vez allí, se dirigieron rápidamente a la sección de traumatología.

El doctor Stevens, jefe del grupo nocturno y que en aquel instante entraba en servicio, les recibió parapetados sus ojos tras unas gruesas gafas de miope.

—¿Angelo Brocone? Sí, está aquí.

Dan y la muchacha hicieron brillar sus pupilas esperanzados. La mujer preguntó:

—¿Vive todavía?

—Bueno, vivir, no sé, hay quien considera que no es vivir lo que él hace. Es como un árbol quieto, inmóvil, vegeta en una palabra —explicó el galeno.

—Pero si hace nueve meses que se hallaba en estado de coma preagónico —observó War.

—Sigue igual, quieto sobre una cama, que es una tabla de madera para mantener de este modo conectados los pocos centros neurálgicos que no fueron seccionados por la bala de su asesino. No se mueve, no habla, y sólo ve cuando nosotros le levantamos los párpados, porque ni siquiera eso puede hacer.

—¿Y por qué no se los dejan abiertos? —preguntó Violet.

—Porque no tardarían en llagársele y cegarí pronto.

—En fin, que su estado es el del primer día —musitó War, con cierto pesimismo.

—Exacto. Lo hemos mantenido en este mundo por deber moral.

Éste es uno de los casos discutibles de eutanasia. La verdad es que si falleciera sería un alivio para su cuerpo y su alma. Sin embargo, la medicina luchará por mantenerle en ese estado cuanto tiempo haga falta.

—¿Pero su muerte puede ser a largo plazo o inminente?

—Podría expirar ahora mismo. Hace nueve meses que esperamos este desenlace que no se produce y que quizá tarde un año más.

—¿Cómo resiste tanto en ese estado? —inquirió Violet.

—La medicina se ve incapaz de explicarlo, es como si ese hombre esperara algo, no sabemos el qué, que le hiciera aferrarse a la vida rabiosamente cuando su cuerpo ya no es nada. Ya les he dicho lo que hay, lo mismo que cuando los policías quisieron interrogarle y les fue totalmente imposible, hace nueve meses.

—Doctor, ¿podríamos verlo? —preguntó War.

—Sí, desde luego, hay tan poca gente que venga a visitarle. Bueno, yo diría que nadie, porque si alguien se acerca a su habitación es por pura morbosidad. Ver a alguien muerto en vida despierta la curiosidad de algunos.

Caminaron por un largo pasillo, pasando frente a innumerables habitaciones a las cuales iban a parar en gran parte los accidentados de circulación de la populosa urbe.

Penetraron en una estancia un tanto angosta, de paredes enlosadas hasta el techo y en la que no había ni un mal armario. Angelo Brocone no lo necesitaba.

—Ahí lo tienen —dijo el doctor, señalándolo.

Violet Donovan experimentó un estremecimiento y se cogió al brazo fuerte del federal.

Angelo Brocone, cubierto por un pijama, se hallaba estirado sobre unas tablas que constituían su cama. Ni siquiera había una almohada en ellas. Sus manos permanecían yertas a lo largo del cuerpo.

Daba la impresión de ser un cadáver puesto sobre la mesa de disección. Los ojos aparecían cerrados, la boca desencajada, como incapaz de sostenerla. Sólo un casi imperceptible vaivén en su tórax denotaba un hálito de vida. Angelo Brocone respiraba.

—¿Y lleva nueve meses en ese estado? —preguntó Violet, sobrecogida.

—Sí. Más valía que su asesino le hubiera matado.

El agente War se adelantó hacia el moribundo, al tiempo que preguntaba:

—¿En todo este tiempo no ha dicho ninguna palabra?

—No, ni una sola. Por lo visto, al recibir el impacto, enmudeció instantáneamente. Ah, por cierto, se me olvidaba. Hará un par de meses vino por aquí un colega suyo a visitarle.

—¿Un colega mío? ¿Cómo se llamaba?

—Creo que era el inspector Cameron o algo así.

—Ya, es mi superior; pero qué raro que no me dijera nada al respecto.

—Quizá el inspector no le diera importancia a esta visita —comentó Violet.

—Bueno, una de tantas manías del viejo. En fin, veamos qué se puede hacer aquí.

—Nada, agente, no creo que haga nada —anunció el galeno, escéptico.

War cogió la mano del moribundo y acercándose cuanto puso a su oído, comenzó a hablar con voz fuerte y clara para que pudiera entenderle con facilidad.

—Angelo Brocone, ¿me escuchas? —Se produjo el Silencio. Todos permanecían en tensión, pero el interpelado no dio señales de vida. War insistió—: Angelo Brocone, ¿me escuchas? Deseo hablar contigo, quiera hacerte justicia.

—¡Dan, ha movido la mano! —exclamó Violet, entusiasmada.

El médico admitió:

—Sí, es verdad. Jamás lo había hecho hasta ahora. Parece que está haciendo un esfuerzo sobrehumano para dar señales de vida.

—Sí, he notado su presión en mi mano. Es ligera, muy ligera, pero me basta.

—Sin embargo, agente, no creo que resista un interrogatorio.

—Lo intentaré. Escúchame, Angelo Brocone, yo preguntaré y tú me responderás con un golpecito en mi mano si es sí, dos si es no. ¿Comprendido?

—Dan, vuelve a mover la mano.

—Ha dicho que sí con un golpe.

—Parece increíble —musitó el galeno—. Yo creía que ni pensaba.

—Brocone, ¿te duele el cuerpo? —preguntó War, para

asegurarse de si podía responder que no.

—Ha dicho que no —anunció Violet.

—De acuerdo, vayamos al grano. Brocone, ¿tú estabas en la funeraria el día de los asesinatos? —Hube una pausa y un golpecito. Tornó a preguntar—: ¿Quemaron a Esperati en el horno crematorio?

—Dan, no puede ser, ha dado dos golpes que significan que no.

—¡Qué raro...! Brocone, escucha bien. ¿Incineraros el cuerpo de Esperati, sí o no?

Una breve pausa y los dos golpecitos consabidos.

—¿Quieres decir que el cadáver que quemaron no era el de Esperati?

—Sí, ha dicho que sí, Dan. Entonces, es cierto que Esperati no fue incinerado como todo el mundo ha supuesto.

—Brocone, ¿era algún conocido al que pusieron en puesto de Esperati? —Un golpecito, casi sin fuerza, indicó que sí. Dan prosiguió el interrogatorio lanzando una pregunta al tun-tun

—. ¿Acaso era Salvatore Bertini? Me han dicho que desapareció por aquel tiempo.

—Sí, ha dicho que sí —advirtió la muchacha ante el asombro del médico.

—Brocone, escucha. Todo lo que dices es muy interesante. Dime si era Esperati el que disparó contra vosotros.

Esta vez no hubo respuesta. Violet se impacientó:

—No contesta, Dan.

—Doctor, parece que ya no reacciona —indicó el federal.

El galeno se colocó los extremos del estetoscopio en los oídos y acopló la trompetilla sobre el tórax del desgraciado falsificador y ex miembro de la banda de Esperati. Cuando levantó la cabeza anunció gravemente:

—No responderá más, por fin ha muerto. Dios ha dado fin a su larga agonía.

CAPÍTULO IX

Dan War detuvo el «sedan Mercury» azul a la entrada del túnel Queens Midtown para abonar los veinticinco centavos de peaje y luego atravesaron el East River por debajo, saliendo a Queens.

De allí, por Manhattan Avenue, rodaron hasta Brooklyn mientras charlaban de los últimos acontecimientos.

—No me cabe duda. El tipo de la media, al que se refirió el sujeto que quiso arrojarte por la ventana, es Esperati.

—Sí, yo también opino que Esperati es Fobos. Se ha cambiado el nombre.

—Y además no quiere que le reconozcan. Un tipo listo Esperati, pero pronto le echaremos el guante. Varemos si ahora Silvana confirma nuestras sospechas.

—El inspector Cameron no va a creer todo esto. Después de todo, no tenemos un testigo que presentarle —observó Violet.

Dan, que guiaba el «Mercury» con celeridad hacia al apartamento de Silvana Benini, pues en la saeta de su reloj faltaba poco tiempo para la una de la madrugada, respondió:

—Si Silvana pudiera darnos pruebas de que Esperati es Fobos, de que vive, todo el teatro montado alrededor de la incineración se derrumbaría.

Al llegar al extremo este de Brooklyn, War pisó el freno e hizo chirriar los neumáticos al aparcar de un modo espectacular.

Pocos minutos más tarde, ascendían las escaleras que habían de conducirles a su objetivo, una escalera, en la que al parecer vivían únicamente emigrantes italianos.

—Dan, me temo que suceda algo —dijo Violet, señalando hacia arriba.

En efecto, en el primer piso había un grupo de personas reunidas

que hablaban en voz alta, comentando algo.

—Por todos los diablos, ¿habremos llegado tarde? —masculló War salvando los peldaños de tres en tres.

Cuando se metió dentro del grupo, destacando entre los italianos por su cabello rubio y su elevada estatura, un sujeto calvo y con grandes bigotes le interpelló:

—¡*Signore, signore*, sale gas por la puerta de la «ragazza»!

War comprendió inmediatamente. Trató de abrir la puerta, pero como no pudo con sus manipulaciones y tenía prisa ordenó:

—¡Apártense, soy del

F. B. I.!

Los italianos se apartaron casi una veintena de pasos entre comentarios.

El federal tomó impulso y se lanzó contra la hoja con su brazo y su hombro por delante.

Los goznes saltaron y la madera fue arrancada de cuajo ante el empujé de War, semejante a un ariete demoledor.

—¡Gas, gas! —gritaron los latinos, corriendo en todas direcciones como si el diablo fuera tras ellos.

War contuvo la respiración dentro de aquella apestosa y nociva atmósfera, saturada de gas, y se arrojó en tromba dentro del apartamento.

Cuando llegó hasta la ventana cerrada, hizo saltar el cristal en mil pedazos, golpeándolo con sus puños.

Se creó una corriente de aire que comenzó a arrastrar el venenoso gas de hulla.

Tomó una bocanada de aire fresco y corrió en busca de Silvana. No tardó en encontrarla.

—¡Malditos asesinos! —rugió al descubrirla.

Silvana Benini, la bella danzarina del «Tampa Club», se hallaba en el suelo, medio desnuda, con las manos y los pies sólidamente atados y su boca taponada con una mordaza.

War corrió a cerrar la espita y después, al tocar a la muchacha, comprendió que había llegado tarde. Su cuerpo había comenzado a enfriarse, el «*rigor mortis*» no tardaría en aparecer.

—¿Asesinada, Dan?

War estaba anonadado. Se giró lentamente y vio a la pelirroja.

—Sí, la han asesinado cobardemente. Por lo visto, la chica se ha

defendido y han tenido que golpearla para acogotarla y al fin sujetarla, amordazarla, cerrar las ventanas y dar a la espita de gas dejándola a ella en la cocina para que su muerte fuera más rápida.

—Tendremos que avisar a la Metropolitana.

—Sí, pero antes husmearemos por aquí. Es evidente que nuestro hombre ha estado aquí, se ha percatado de lo que Silvana pretendía y la ha asesinado cuando yo iba a decirle qué fue de su hermano Salvatore, el hombre incinerado en puesto de Esperati.

Una mujeruca, adelantándose a sus vecinos de escalera, entró preguntando:

—¿Le ha sucedido algo a la ragazza Silvana?

—Haga el favor de salir y regresar a su casa. Se tomará a todos declaración, pero más tarde. Yo soy un

«G-men»

del

F. B. I.

Vamos, vamos, hagan el favor de salir.

Cuando hubo expulsado a la mujer y a los curiosos que pretendían filtrarse, puso la puerta en el marco como pudo para no ser estorbados.

Retomó junto a Violet. Ésta tenía en la mano un dietario forrado en piel.

—Mira, Dan, he encontrado algo que puede interesarnos.

—A ver, déjame leer. Sí, aquí hay unas iniciales que pueden ser interesantes. C. L. E. «Flash», teléfono

BR-7

— 5432.

—Podría ser Carlo Leoni Esperati.

—Sí, ya lo averiguaremos. Lo que ahora me gustaría es encontrar huellas de ese tipo. Podría cargársele muy bien este asesinato, por si escapaba a otros cargos.

—Lo que ignoro es qué puede significar la palabra «Flash».

—No te preocupes, Violet, ya lo sabremos.

War continuó buscando y al fin reparó en dos vasos. Silvana había estado bebiendo con su acompañante. Esta vez, ella no había utilizado «rouge» en sus labios y era difícil diferenciar ambos vasos.

El federal cogió una cuchara con sumo cuidado. La limpió y tomó en ella las huellas de Silvana, poniéndola junto con los vasos.

—Nos llevaremos esto al laboratorio, pequeña. Quizá tengamos pronto las huellas de Esperati, ése será nuestro triunfo. Salgamos de aquí antes de que los de la Metropolitana comiencen a quejarse de que les hemos pisado el terreno. Después de todo, esto tiene la apariencia de un crimen vulgar y no poseemos pruebas para demostrar que el asesino sea Esperati, un falsificador.

Antes de abandonar el apartamento con el cadáver de Silvana dentro, sin haberlo movido para que la Metropolitana no encontrara obstáculos en su labor de investigación, el federal telefoneó a la estación de policía más cercana y comunicó lo que había ocurrido, pero sin dar a conocer su identidad.

—Vámonos volando de aquí, Violet. La competencia no tardará en presentarse.

Salieron al rellano de la escalera y los vecinos se apartaron a su paso.

Algunos preguntaron, pero ni Violet ni War respondieron. La Metropolitana no tardaría en presentarse y valía más no buscarse problemas.

—¿Adónde iremos ahora?

—Violet, sólo hay un lugar donde se nos puede informar con exactitud sobre las huellas que hemos recogido.

—¿El laboratorio del
F. B. I.?

—Exacto —contestó encaminándose hacia el «Mercury» mientras la pelirroja tenía que acelerar sus bonitas piernas hasta casi correr para no quedarse atrás.

—¿Tardarán bastante en saber si las huellas pertenecen a Esperati?

—Sólo cinco minutos.

—¿Tenéis todo el archivo de huellas aquí en Nueva York?

—No, están en Washington, pero poseemos el más perfecto emisor de fotografías. Apenas tardarán dos minutos en tener las huellas en la Central y allí, una computadora electrónica las clasificará:

—Perfecto, en Scotland Yard... —comenzó a decir ella.

War ya no la escuchaba. Bullían en su cabeza todas las cosas que debía realizar en un tiempo récord. Si Roy Cameron le sorprendía en Nueva York habría jaleo y mucho más si no podía probar que su

trabajo no había sido baldío.

El «Mercury» se lanzó a toda velocidad. Apenas veinte minutos después, sus neumáticos chirriaban frente a las oficinas del F. B. I.

—¿Crees que habrá alguien, Dan? Es muy tarde.

—En el laboratorio siempre hay un servicio para casos de emergencia como el nuestro. Lo que no me agradaría en absoluto es que el inspector se hubiera retrasado en su hora de marcha.

—Deseas encontrarlo cuando tengas todas las pruebas en tus manos, ¿verdad?

—Sí, pero me temo que resultará difícil de conseguir. Todavía no sabemos si las huellas corresponden a Esperati. Estamos siguiendo una pista basada en suposiciones, y no me gustaría estrellarme contra una realidad muy distinta.

Cruzaron por las diversas dependencias federales, siendo saludados por los vigilantes nocturnos y demás agentes de servicio en la urbe más farragosa del mundo, donde encontrar a un hombre determinado era tan difícil como hallar una aguja en un pajar.

—¡Dalton! —llamó War al ver salir del laboratorio a un hombre con gafas y bata blanca.

El científico se volvió lentamente. Era un sujeto pausado, metódico.

—Hola, Dan. Vas muy bien acompañado esta noche.

—Dalton, tengo un trabajito para ti —dijo War, mientras la pelirroja avanzaba a su lado.

—Déjalo en el laboratorio. Voy a tomarme un emparedado, aún no he cenado.

—Pues tendrás que aguantarte, llevo mucha prisa.

—Es natural que tengas prisa, War. Si yo fuera acompañado por una linda chica como tú, también la tendría. Sin embargo, mi estómago...

—Dalton, esta linda chica es la teniente Donovan de Scotland Yard, invitada especial del

F. B. I.

No vas a hacernos quedar mal delante de ellos, ¿eh?

—Está bien, está bien. ¿De qué se trata?

—Hay que identificar unas huellas.

—Bueno, si es eso, acabaremos pronto y no tardaré en cenar. Te

juro que tengo música en el estómago y usted, teniente, perdone, pero...

—Comprendo, señor Dalton, pero es que tenemos prisa.

—Bien. ¿Dónde están los objetos con las huellas?

—Aquí los tienes, dos vasos y una cuchara. Las huellas de la cuchara, situadas en su parte más ancha, interior y exterior, corresponden a las de uno de los vasos.

—¿Y el otro? —inquirió el científico.

—Esas huellas son las que más nos interesan.

—De acuerdo, procuraré complacerles cuanto antes. ¿Dónde estarán esperando?

—En el despacho del inspector Cameron.

—¿Del inspector Cameron? —Dalton empuñó sus pupilas perplejo. Luego indicó—: Por cierto, ahora recuerdo que el inspector ha dicho que estabas de viaje.

Violet cambió una rápida mirada de inteligencia con War. Éste salió pronto de la difícil situación.

—Sí, en realidad debíamos de estar ya volando sobre Washington, pero hemos retrasado el viaje por estas huellas.

—De acuerdo, podéis marchar al despacho del inspector. Ya pasaré a daros el resultado.

—O. K. Dalton. Después tendrás el bocadillo pagado.

Dalton regresó al laboratorio con un movimiento de aceptación y preocupación a un tiempo, pues en cuanto se le encomendaba un trabajo toda su atención se centraba en él.

—Violet, bajemos al segundo piso, allí aguardaremos mientras averiguamos qué significa el número de teléfono encontrado en el dietario de Silvana Benini.

Descendieron en el ascensor hasta la segunda planta, ya que el laboratorio se ubicaba en lo alto del edificio federal.

Después entraron en el Departamento de Falsificación.

War fue encendiendo las luces a su paso, hasta dejar iluminada la mesa despacho del propio inspector Cameron. Se sentó en Su butaca mientras la pelirroja hacía otro tanto sobre la mesa, mostrando gran parte de sus perfectas y atractivas piernas.

—¿No tenéis aquí a nadie por la noche?

—Abajo hay un grupo de agentes de retén, pertenecientes a cada uno de los departamentos. Si se recibe una petición urgente de

ayuda ellos son los que dan la cara. Si el caso es investigación, se toma nota y al amanecer la máquina policial se pone en marcha.

—¿Y ahora qué? ¿Piensas llamar a la telefónica o directamente a este número que hemos encontrado?

—Si llamo a este número, será como hacer ruido frente a la caza. Los patos, asustados, podrían remontar el vuelo y escapar a nuestro radio de acción. Será más práctico averiguar a través de la telefónica a quién corresponde dicho número.

—Sí, yo también opino igual.

La central telefónica neoyorkina no tardó en responder a la llamada federal. Una voz masculina suplantó a la femenina anterior para esclarecer:

—El número

BR-7

— 5432 pertenece al muelle 21 de Brooklyn.

—¿Al muelle, dice?

—Sí. Este tipo de teléfonos está a disposición de los poseedores de teléfonos internacionales. Al llegar al muelle, se le conecta con la caja disponible y correspondiente al muelle de atraque. Esto aparatos cambian de usuario continuamente.

—Comprendo. ¿Y ha dicho que es el muelle 21?

—Sí.

—¿Quién lo ocupa actualmente?

—Pertenece al yate de recreo «Flash». Matrícula de Gambera, Australia, y propiedad de Charles Lamp Enow.

—Comprendido y muchas gracias, ya hemos tomado nota.

Cuando War colgó el auricular, Violet, que había escuchado por el supletorio, hizo lo propio y expuso preocupada:

—Las iniciales corresponden a ese rico australiano.

—Y a Esperati.

—Quizá sigamos una pista falsa y ese hombre sólo sea un amiguito de la chica muerta.

—No, Violet, ése es el hombre que buscamos. Un pasaporte se puede falsificar, hay verdaderos maestros en esa clase de trabajos.

—¿Por qué estás tan seguro, Dan?

—Porque las iniciales también corresponden a Esperati, recuérdalo, y la «F» de «Flash» es a su vez inicial de Fobos.

—Dan, esto parece un crucigrama. Creí que sólo los ingleses

éramos aficionados a ellos.

—Esta vez no puede haber error. ¿Por qué, si no, habrían asesinado a Silvana poco antes de que delatara a nuestro hombre?

—Sí, todo es muy significativo, pero...

La polémica de la pareja quedó cortada al llegar Dalton al despacho. En sus manos portaba los dos vasos y la cuchara.

—Eh, pareja, ya estoy aquí.

—Has sido muy rápido —dijo War.

—Es que mi estómago no tiene demasiada espera, muchacho.

—¿Ha encontrado algo interesante? —terció la pelirroja.

—Sí, algo curiosísimo.

War y la inglesa miraron a Dalton con acentuado interés. ¿Qué sorpresa les aguardaba? El federal sabía que su compañero de laboratorio no fallaba. Cuando daba un resultado podía considerarse exacto y seguro.

—¿Qué es ello, Dalton?

—El vaso catalogado como número uno tiene huellas que corresponden a las de la cuchara. Es más, por su forma diría que son femeninas. ¿Me equivoco?

—No, Dalton. Pertenecen a una mujer que acaba de ser asesinada.

—Mala suerte.

—¿Y del otro vaso que ha sacado? —inquirió Violet, ansiosa.

Antes de responder, Dalton carraspeó levemente. Despacio, con voz grave, anunció:

—El otro vaso carece de huellas dactilares.

—He debido imaginármelo —gruñó War, desesperanzado—. Ese tipo es listo y habrá borrado las huellas después de beber, porque seguro que ha bebido.

—Sí, habrá limpiado las huellas, es elemental —agregó Violet, apoyando las palabras del americano.

—Pues, fallan los dos.

—¿Qué quieres decir, Dalton?

—Que las huellas no han sido limpiadas.

War sonrió irónico.

—Es seguro que en el vaso han bebido, y si no hay huellas es que las han borrado. No puede haber sucedido otra cosa.

—Pues te equivocas, Dan. Este caso parece curioso, demasiado

curioso, casi de ciencia ficción. Si yo no fuera un hombre sensato, daría un grito de alarma.

—Pero ¿qué estás insinuando, Dalton? No te entendemos. ¿Qué has descubierto en el vaso en cuestión?

—Huellas.

—¡Por todos los diablos, Dalton! ¿No has dicho que no las haya?

—masculló War ya irritado.

—No te excites y escucha, Dan —pidió el científico—. Tú me has preguntado si hay huellas dactilares.

—Eso es.

—Pues esa clase de huellas, digamos humanas, no están en el vaso.

—Entonces, ¿qué hay en el cristal? ¿Huellas de neumáticos? —preguntó con sarcasmo.

—Eso parecería más lógico que lo que voy a decirte.

Violet apremió:

—Por Dios, aclare lo que sea. Estamos impacientes.

—En el vaso hay huellas, pero no de las que conocemos. Es evidente que unos dedos lo han aprisionado, a juzgar por las formaciones de grasa, pero esas huellas carecen de líneas por las que clasificamos las huellas propiamente dichas. Quien ha cogido este vaso es un hombre de otro mundo o un hombre de nuestro maldito globo, pero sin huellas en sus dedos. Es como si la piel de sus yemas fuera igual a la de un brazo o una pierna.

War se puso en pie de un salto.

—¿Unos dedos sin huellas? ¿Es eso posible?

—Parece increíble —musitó Violet.

—Sin embargo, lo es —insistió Dalton.

—¿Habría sido capaz Esperati de arrancarse las yemas de los dedos? —se preguntó War.

—Algunos delincuentes del Reino Unido han tratado de conseguir eso sin resultado —comentó la muchacha.

Dalton opinó:

—Puede que ese hombre, Esperati o cómo has dicho que se llama, lo haya logrado, pero sería un caso muy raro.

—Sí, un caso muy raro pero que existe, que es evidente. —War hundió las manos en sus bolsillos, pensativo. Luego, ya más tranquilo, dijo—: Gracias, Dalton, puedes ir en busca de tu

bocadillo. Di en el bar que lo carguen a mi cuenta.

—No seas tonto, Dan. Si lo cargara a tu cuenta, me sentaría mal. Estoy satisfecho de haberte podido servir, aunque las noticias...

Dalton saludó a la teniente y se alejó con pasos cortos pero rápidos, como si en vez de caminar avanzara sobre unas ruedecitas colocadas bajo las suelas de sus zapatos.

—¿Qué piensas hacer ahora, Dan?

—Violet, este caso es demoníaco. Esperati, Enow o Fobos, como se haga llamar, es maquiavélico, un coyote que huele las encerronas y sabe esperar a ellas. Pero ahora caerá. Acabar con él de una vez será lo más eficaz. Ese tipo es terriblemente astuto y por lo visto tiene su guarida en un yate. ¿Qué sucederá cuando vea que las cosas se ponen feas para él?

—Levará el ancla y se alejará.

—Tú lo has dicho, Violet, se alejará y pasadas doce millas no habrá quien le eche el guante.

—Puedes pedir ayuda a tus compañeros y entre todos registrar el yate. Si es Esperati y Fobos, todo a un tiempo, se le puede detener. Además, sería fácil. Tomándole las huellas podría comprobarse que es el asesino de Silvana, por carecer de ellas.

—Todo esto está muy bien, Violet, pero ese tipo, en cuanto olfatee que vamos a cercarlo, desaparecerá. Ya hizo eso, aunque que una forma más astuta y espectacular cuando simuló su muerte y puso a Salvatore Benini en su puesto. Si queremos atraparlo hay que ir con mucha cautela y sorprenderlo. No olvides que la banda de los «Craw-Fish»

trabaja para él. Le guarda las espaldas y seguramente estará controlando los alrededores del muelle. Si nos presentáramos allí con los coches, habría tiroteo y seguramente caerían varios compañeros.

—Entonces, ¿cuál es tu plan?

—Iré yo sólo al yate «Flash». Allí confirmaré mis suposiciones.

—¿Estás loco? ¡Te matarán sin piedad! ¡Recuerda a «el Muecas» y a Silvana!

—He de arriesgarme. Además, a un hombre sólo es más difícil descubrirlo.

—Yo te acompañaré, Dan.

—No —se apresuró él a denegar.

La pelirroja avanzó hacia Dan y se estrechó cuanto pudo contra el tórax viril, como si pretendiera fundirse en él.

—Dan, he empezado este caso contigo. También me he expuesto a la censura de mis superiores. Tengo derecho a terminar junto a ti y, si es preciso, a morir a tu lado. Ya nada me interesa en este mundo aparte de ti.

War acarició con suavidad las mejillas de la mujer, y como si tratara de convencer a un niño objetó:

—Al yate, en principio, iré yo solo. Lo que tú harás es ir en busca del inspector Cameron y explicarle cuáles son mis propósitos. Si se pone a chillar porque le he desobedecido, le dices que lo que debe hacer es no perder tiempo y dirigirse al yate con un grupo de sus hombres. Para entonces creo que ya habré podido resolver la situación, o al menos inutilizado la nave para que no escape.

—No, Dan, si quieres avisar al inspector, lo puedes hacer tu llamándole por teléfono ahora mismo.

—Si hiciera tal cosa, el viejo se pondría a chillar y me diría que no me moviera de aquí para su regreso. Comprende, debo actuar rápidamente.

—Bien, Dan, le avisaré yo, y luego todos iremos hasta el yate. Dios quiera que no hayamos errado en nuestras pistas. Sería un ridículo demasiado espantoso.

—No será un ridículo, Violet, sino la caída de Fobos.

War la besó fugazmente como despedida. Ambos sabían que aquélla podía ser la última vez que se vieran con vida.

—¡Dan! —llamó ella, sin poderse contener.

El caminó hacia la puerta tras haber anotado en un papel la dirección del inspector.

—Adiós, Violet, hasta pronto.

War salió a la calle, subió a su «Mercury» y antes de ponerlo en marcha, observado desde la ventana por la inglesa, comprobó el cargador de su flamante «Browning» que le habían proporcionado en el Departamento Federal, ya que su automática había sufrido grandes desperfectos al caer del décimo piso en Beavers Street. Luego se alejó a gran velocidad. En el muelle 21 de Brooklyn tenía una cita con la muerte.

Violet tomó las señas, y cogiendo un taxi se dirigió a Richmond, lugar donde radicaba el apartamento del inspector federal Roy

Cameron.

Cuando, nerviosa e impaciente, se detuvo frente a la puerta, llamó dos veces antes de que la hoja de madera se abriera.

El rostro de Roy Cameron apareció en el umbral. Al reconocer a su nocturna visitante frunció el ceño.

—Pero, señorita Donovan, ¿qué hace usted en Nueva York? La creía en Washington.

—Hola, inspector. Siento tenerle que molestar, pero en fin, veo que está vestido y no lo he levantado de la cama.

—Sí, eso hubiera resultado más molesto, pero pase, pase, no se quede ahí en la puerta. Por cierto, ¿dónde se encuentra Dan War? Va a tener dificultades por desobedecer mis órdenes.

—Inspector, no discutamos este punto. No podemos entretenernos en charlar.

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué debemos hacer, según usted? —preguntó con sarcasmo.

—Dan se halla en peligro. Yo he venido en busca de su ayuda.

—¿En qué nuevo lío se ha metido?

—Ha ido a detener a Fobos y a sus hombres.

En el rostro de Cameron primero hubo sobresalto y luego se dibujó en él una sonrisa desdeñosa e irónica. Con acento peyorativo preguntó:

—¿Está segura de que ha ido a detener a Fobos?

—Sí. Por fin hemos averiguado que Fobos es un hombre sin huellas en los dedos y que ha asesinado a Silvana Benini esta misma noche. Por si fuera poco, su guarida se encuentra a bordo del yate «Flash».

—¡Caramba, sí que se han dado prisa en averiguar cosas en tan poco tiempo de desacato a la superioridad! —rió Cameron.

—No se ría, inspector, cuanto le digo es cierto. Dan se está jugando la vida en estos momentos por la justicia. Fobos es un mal enemigo, todos los sabemos.

—¿Y qué me pide ahora, Violet?

—Que vayamos en su auxilio. No pretenderá que él sólo luche contra una pandilla de gangsters asesinos, ¿verdad?

—No, desde luego que no. Ahora mismo, usted y yo iremos a ayudarle.

—Pero ¿no llama a un grupo de agentes para acordonar e

intimidar a los ocupantes del yate?

—No, no hará falta —dijo sin dejar de reír casi con cinismo.

—¡Pueden matarnos! —protestó la pelirroja.

—¿Tienes miedo a morir, Violet?

—Inspector, le juro que no lo comprendo.

—Bueno, bueno, no nos enfademos por tonterías —dijo Roy Cameron con su voz grave—. Vayamos al yate «Flash» que se encuentra en el muelle 21 y allí solventaremos este lío.

Violet Donovan quedó perpleja e inmóvil ante las palabras que acababa de escuchar por boca del federal. No pudo por menos que preguntar:

—¿Cómo sabe usted que el «Flash» se halla atracado el muelle 21 de Brooklyn, inspector?

—Querida Violet, se sorprendería usted de la cantidad de cosas que yo sé. Quizá se las cuente más adelante, pero ahora vayamos a «Flash». Allí seguro que todos, excepto yo, claro, van a tener sorpresas.

Y riendo por lo bajo, cerró la puerta del apartamento y cogió a la pelirroja por el brazo empujándola levemente hacia delante.

La joven se dejó conducir, pero en su interior comenzó a nacer una sensación de angustia e inquietud, como si se hubiera asomado al agujero de un pozo y éste la atrajera hacia su profunda, trágica y mortal oscuridad. La muerte la aguardaría en el fondo insondable de la sima.

Roy Cameron, con su sonrisa cínica, seguía guiándola hacia delante.

CAPÍTULO X

La luna no brillaba aquella noche. Si el fluido eléctrico hubiera quedado interrumpido de súbito, la ciudad se habría sumergido en una tenebrosa oscuridad como ya sucediera años antes.

Dan War detuvo su coche lejos del muelle 21. No deseaba ser localizado por los secuaces de Stiker, el jefe de los «Craw-Fish»,

todos ellos convertidos en rabiosos guardianes de Fobos, el enigmático Fobos. Tras él se escondía Carlo Leoni Esperati. War estaba convencido de ello.

Se palpó la axila con movimiento instintivo para asegurarse de que la «Browning» seguía en su sitio y comenzó a caminar.

Buscando las sombras para no ser descubierto, avanzó hacia el muelle 21, no tardando en descubrir a «Flash».

Las escasas luces que había en el muelle hacían reflejar el blanco del casco del yate. Era la única embarcación de recreo anclada allí, el resto eran barcos de calado medio y seguramente dedicados a la pesca y transporte, algunos de ellos fluviales.

Antes de entrar en acción, observó el yate. No se veía a nadie, ni cerca ni dentro de él. Una pasarela unía la cubierta con el pétreo muelle.

—Demasiado fácil —se dijo Dan.

Tras la pasarela podía haber uno o dos gangsters escondidos, agazapados en las sombras y custodiando la guarida de Fobos.

No es que les temiera, pero prefería no armar una zapatista y crear la alarma entre los sin ley, para que éstos no pudieran huir. Había que atraparlos a todos.

Optó por acercarse a las aguas del East River, a cierta distancia del yate en el que únicamente brillaban las luces de señalización.

Saltó al interior de un reducido bote, amarrado junto a un transporte, y soltó la cuerda de amarre. Comenzó a deslizarse sobre las aguas en silencio, sin remar apenas.

Si le descubrían antes de llegar a la cubierta del «Flash» estaba perdido, lo sabía, pero War continuó aproximándose a la lujosa nave.

Logró acercarse hasta la proa del yate sin ser visto. Manióbró con el bote hasta colocarlo entre el hueco formado por la recta pétrea del muelle y el costado de babor, casi a la altura de la quilla de proa.

Observó la amarra que unía el yate a tierra, con su disco de hojalata para evitar que las ratas portuarias subieran al barco, y al fin se decidió.

Dio un salto hacia arriba y sus manos atenazaron el áspero cáñamo. Su cuerpo osciló en el aire a cuatro pies sobre el bote, el cual se balanceaba a su vez encima de las aguas jamás quietas del East River.

Despacio fue trepando por la cuerda inclinada sin que nadie le descubriera. Pasó el disco de hojalata sin dificultad y de este modo respirando hondo a causa del esfuerzo, llegó hasta la mismísima baranda que protegía la cubierta.

Efectuó un movimiento, propio de un consumado gimnasta, y pasó por entre las amarras de la baranda, quedando en cubierta.

—Bueno, ya he llegado a bordo del «Flash». Veremos que me reserva el destino.

Avanzó por la cubierta de estribor, situada al lado contrario del muelle. De este modo, sería más difícil que le descubrieran.

—¿Eh, amigo, adónde vas?

Al escuchar aquella voz inesperada, War se giró en redondo.

Casi a su espalda, un tipo con cara de cínico le encañonaba con una «Luger». No había duda, aquel sujeto era uno de los miembros de los «Craw-Fish».

—Es que he venido a ver a mi amigo Enow —le respondió con desenfado, sin miedo, pues por otra parte no lo sentía.

Le habían encañonado demasiadas veces con una pistola para considerar trágico tal suceso.

—Bueno, eso ya lo veremos —contestó desdeñoso aquel

individuo, sin abandonar su sonrisa suficiente—. Pasa delante.

—Sí, claro, no faltaría más.

El federal se volvió en la dirección indicada, pero su mano no pareció tan sumisa, pues golpeó duramente con el canto sobre la muñeca armada de su enemigo.

La automática cayó sobre el piso de madera y luego rebotó para ir a parar al agua finalmente.

—¡Maldito! —Gruñó el secuaz de Stiker.

El agente tuvo que encajar un demoledor puñetazo en el costado. Replicó con contundencia, lanzando dos directos al hígado de su adversario y dejándolo amarillo.

Por último, un gancho bajo las mandíbulas lo proyectó contra un rollo de cuerdas arrimado a la pared.

War se dijo que si aquel tipo llamaba a sus compinches, dando la voz de alarma, todo se habría perdido para él. Tenía que hacerle callar y cuanto antes mejor.

—¡Te abriré en canal, puerco! —masculló el delincuente.

Había poca luz a causa de la ausencia total de luna, pero las bombillas de señalización y los faroles del muelle de Brooklyn se reflejaban en el agua y reverberaban en el acero de la navaja que acababa de desnudar aquel asesino.

Éste se abalanzó contra el federal llevando por delante la afilada hoja, ansiosa por morder carne y teñirse de rojo.

War logró fintar la primera cuchillada, saltando de lado, pero al quedar contra la pared de acero, semejó inevitable que el segundo navajazo no entrara en su estómago, causándole una herida mortal.

Era evidente que aquel tipo sabía utilizar el cuchillo, pues atacaba por lo bajo, anhelante de matar.

—¡Todavía no lo has conseguido!

—¿Ah, no? ¡Pues encaja esto, hijo de perra!

El guardaespaldas de Fobos no tuvo la suerte esperada. La mano del federal, como si fuera de acero, ciñó su muñeca y frenó el letal impulso, retorciéndosela dolorosamente.

Hubo un forcejeo. Ambos cayeron sobre cubierta y rodaron hasta la baranda. Unas pulgadas más y los dos caerían ruidosamente al agua.

De pronto, el asesino profirió un extraño gruñido y abrió mucho los ojos para cerrarlos inmediatamente.

War se percató de que las manos del forajido ya no ejercían presión, que acababan de quedar inertes sobre el piso de cubierta.

Al ponerse en cuclillas, apartándose del cuerpo de su adversario, vio que la navaja, en el forcejeo y girada la muñeca del asesino, se había hundido hasta la empuñadura entre sus costillas, a la altura del corazón.

—Bueno, después de todo, con tu muerte no se ha perdido nada. Lo único que has conseguido es librarte de la parrilla.

Para que el cadáver no fuera descubierto inmediatamente, lo cogió por las axilas y lo arrastró hasta colocarlo tras el grueso rollo de cuerda. Después le quitó la afilada navaja, limpiándola de sangre con la chaqueta del muerto.

—No me conviene hacer ruido. Uno por uno, puedo hacer algo y mejor me servirá esta silenciosa navaja que la pistola, aunque nunca me han gustado este tipo de armas.

Rodeó lo que parecía un gran salón situado encima de la cubierta con grandes ventanales cubiertos por espesas y costosas cortinas.

A War, de momento, no le interesó aquel lugar que semejaba sumido en la oscuridad. Decidió introducirse por una angosta puerta y deslizarse ligero por un largo corredor fuertemente iluminado.

De pronto se detuvo pegándose a la pared. Junto a una puerta acababa de escuchar varias voces, charlando entre sí.

—¿Has oído si esta noche vendrá Fobos, Lowell? —preguntó alguien.

—Sí, seguro. Creo que mañana hay reunión.

—Es verdad —intervino una tercera voz—. He tenido que avisarles a todos.

—¿Te ha dejado Stiker la lista? —preguntó el que hablara primero.

—Con todas las direcciones. Después se la he devuelto y la ha guardado de nuevo en la caja fuerte. No se fía ni de su sombra.

—Es natural, podríamos hacer chantaje si quisiéramos.

—Sería una estupidez, caeríamos nosotros también. Lo que sí es extraño es que Stiker no se cargue a Fobos y se apodere de todo el dinero.

—Stiker no hará eso jamás —opinó el que hablaba coa más

autoridad de los tres, un tipo llamado Lowell y que era el lugarteniente de los

«Craw-Fish

—. El, como todos, sabe que Fobos es un tipo extraño, pero efectivo. Lo que hace él con los billetes falsos, el montaje de la organización y los contactos que tiene, nosotros no lo conseguiríamos aunque nos lo propusiéramos. De modo que vale más obedecer y cobrar limpiamente los billetes.

—Sí, en eso estamos de acuerdo, jamás hemos ganado tanta pasta como ahora, ni en los mejores golpes de Chicago.

—Vamos, Lowell, dejad de hablar de tontería».

—¿Qué quieres, Burt? —replicó el interpelado.

—Las chicas aquellas con las que quedamos ayer, ¿estarán listas para mañana?

—No te preocupes, imbécil, las tendrás, pero por si tienes prisa, vale más que de momento te contentes con una ducha fría.

El tercero de aquellos personajes prorrumpió en una ruidosa carcajada ante el comentario de su compañero.

Dan se percató de que en aquella conversación ya as había nada más que le interesara. Lo que sí debía hacer era proseguir por el pasillo, salvar el obstáculo de aquella puerta abierta por la que habían sonado las voces, sin ser descubierto.

Se adelantó con cautela y cruzó de un salto ante la puerta, cayendo de puntillas al otro lado del marco para amortiguar el ruido natural causado por el desplazamiento de su cuerpo.

Esperó unos segundos en tensión, con la mano en el interior de la chaqueta. Si le atacaban, emplearía la «Browning». Nada se movió, nada le hizo sospechar que le hubieran visto.

Ya más tranquilo siguió su avance por el corredor hasta encontrar una escalerilla descendente. Poco después se hallaba en la sala de máquinas.

En ella no había nadie, sólo un motor proporcionaba energía a una dínamo utilizada para la iluminación del yate. Al parecer, no tenían prisa por abandonar Nueva York.

—Si quisieran, en pocos minutos saldrían del puerto. Tienen los mejores motores que se conocen para navegación, aunque para hacer correr este cascarón deberán llevar unos buenos depósitos de gas-oil.

He de inutilizarlo, por si se les ocurre largarse en el momento menos oportuno.

Buscó una llave inglesa y con ella fue quitando todas las bujías de los motores, impidiendo de este modo que se produjera una explosión de carburante por medio de la chispa eléctrica. Los motores permanecerían quietos mientras las bujías no fueran repuestas.

Buscó un lugar donde esconder su botín de bujías y reparó en un bidón de aceite de engrases. Sin dudarle, las arrojó dentro.

Decidió regresar a cubierta, pensando que le agradaría toparse con Fobos y así solucionar rápidamente la situación.

Cuando tornó al estrecho y largo corredor en el que se abrían varias puertas a ambos lados, hubo de pegarse a la pared de golpe. Alguien iba a salir por la puerta que quedaba a escasas pulgadas de él. No tenía tiempo para esconderse, debía afrontar el peligro.

La hoja se abrió hacia fuera. En la diestra del federal quedó desnuda la navaja. No pensaba utilizarla más que para amedrentar al tipo que cayera en sus manos.

La sombra de un sujeto no muy alto pero sí fornido apareció ante él, ocupando gran parte del angosto pasillo en el que ya no se escuchaban las voces que se oyeran con anterioridad.

La mano de Dan saltó adelante y sujetó el cuello de la camisa y la chaqueta, justo tras la nuca del tipo en cuestión. Sin vacilar, apoyó la punta del acero bajo el lóbulo de la oreja.

—Un movimiento, una sola palabra y te conviertes en cadáver.

—¡Eh! ¿Qué es esto?

El hombre quiso girarse y revolverse sin conseguirlo. La navaja le hizo entrar en razón.

—Quieto, no vacilaré en liquidarte. Este cuchillito es de uno de tus compinches y todavía tiene sangre suya. Ha sido una lástima, se le ha hundido entre las costillas.

—¿Lo has liquidado? —preguntó girando la cabeza hacia un lado como queriendo escapar a la punta afilada que seguía apoyada no demasiado amistosamente sobre su carne.

—Sí, y lo mismo te sucederá a ti como te pongas tonto. —En aquel momento, War pudo ver el rostro de aquel sujeto y al reconocerle exclamó: ¡Si es Stiker, el «boss» de los «Craw-Fish»!

Al sentirse identificado, el gángster volvió sus ojos ávidamente hacia su captor. Al verle, una desagradable sorpresa se reflejó en su cara.

—Dan War, el federal.

—El mismo, Stiker, para servirte y alojarte en un buen hotel, si es que no te sientan en la parrilla.

—Yo no he hecho nada, estoy dentro de la Ley.

—Qué casualidad, tú siempre estás dentro de la Ley, pero esta vez no te servirá. Bueno, sí, puedes salvar el cuero si te portas como un buen chico.

—Haré lo que digas, pero quítame el cuchillo del cuello, me hace daño.

—Siento no poder complacerte, no me fío de ti. Ahora llévame hasta la caja de caudales.

—¿Qué caja de caudales?

—No te hagas el tonto, sé perfectamente que tú puedes abrir la caja que hay en este barco. Si no lo haces, te prometo que saldrás perdiendo. Ya me he cargado a uno de los tuyos, y en acto de servicio sabes que puedo enviarte al infierno sin ninguna preocupación por mi parte. ¿Comprendido?

Stiker, que apenas podía mover el cuello debido a la presión del puntiagudo estilete bajo su oreja, obedeció.

Avanzaron por el pasillo. Nadie les descubrió, y al fin penetraron en el salón de cubierta, verdadera madriguera de Carlo Leoni Esperati.

—¿Es aquí dentro dónde se esconde Fobos?

—Sí, pero antes de seguir adelante dame tu palabra de que cerrarás el caso agradeciendo mi colaboración por la captura de Fobos.

—Eres un zorro, Stiker, quieres cubrirte la retirada, ¿eh?

—Dame tu palabra, federal, o tendrás que liquidarme sin conseguir sacar nada de la caja. Después de todo, a mí me da lo mismo morir de una cuchillada que en la silla.

—Está bien —aceptó War a regañadientes—. Tienes mi palabra, pero a la menor tontería lo pierdes todo.

Antes de empujarlo hacia delante, en medio de la oscuridad que reinaba en el saloncito, Dan le arrebató la pistola y la guardó en su bolsillo.

El «boss» de los
«Craw-Fish»

tomó una pequeña linterna de sobre una repisa y avanzó proyectando el cono de luz sobre el pequeño bar.

—¿Está aquí la caja? —preguntó el federal.

—Sí, bajo la barra.

—Pues ábrela rápido, no tengo mucho tiempo que perder. Ah, y no te creas que vas a descubrirme nada nuevo. Sé que Fobos es un falsificador que transforma el dinero en divisas para luego volverlas a cambiar por dólares buenos, de modo que no te pongas tonto. Por otro lado, el muelle ya está cercado por compañeros míos, no tenéis escapatoria y ya sabes, de lo peor, el mal menor. Es lo que te conviene, si eres listo, claro.

—Bien.

Pulsó un resorte colocado tras una botella de vodka, situada en un anaquel del bar, y la barra se desplazó hacia la derecha.

En el suelo apareció una caja de caudales estirada y enterrada. Seguramente, la parte interior daría a algún camarote perdido del yate. La caja era estrecha, pero de grandes dimensiones.

—Ábrela, rápido —apremió War sin soltar su presa, al que mantenía estrechamente vigilado.

Stiker introdujo tós llaves distintas en sendas cerraduras. Después hizo girar las seis ruedecillas numeradas, separadas en grupos de tres. La puerta, ayudada por un muelle palanca, se abrió hacia arriba sin demasiado esfuerzo para el enorme peso.

—Caramba, caramba —exclamó Dan al pasar Stiker el haz de luz sobre los montones de billetes allí guardados—. ¿Todos falsos?

—No, algunos son buenos.

—Claro, el negocio había comenzado a producir. Lástima que el crimen nunca es rentable. A ver, dame esa hoja —indicó señalando hacia un departamento especial, situado a la derecha de la caja de caudales.

—¿La lista? ¿Por qué, si no tiene ningún interés?

—No seas estúpido, Stiker. Sé que en ella están anotados los nombres y direcciones de varios que ayudan a pasar el dinero falso.

—Por todos los diablos, federal, ni que te sirviera la información el propio Fobos.

Dan se calló que conocía tales detalles gracias a la conversación

que sorprendiera cuando se dirigía hacia los motores de la nave.

—Con el

F. B. I.,

no se puede jugar, Stiker. Debiste pensarlo antes.

Con un gruñido de rabia, Stiker le entregó la lista de los colaboradores de Fobos, con sus respectivas señas. Dan comprobó que no se le diera una cosa por otra, y plegando la hoja con una sola mano, sin dejar de apoyar el acero en su prisionero, se la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Bueno, Stiker, ahora será cuestión de sacar todo ese dinero de ahí.

—No, no va a hacer falta.

Aquella voz no había salido de la garganta de Stiker. Dan giró su rostro en el instante preciso que el saloncito se iluminaba totalmente. El gángster, aún con el acero junto al cuello, palideció.

Sin que lo hubieran advertido, debido a las dimensiones del saloncito, habían penetrado en él cuatro hombres. Tres de ellos portaban metralletas. El cuarto, cubría su rostro, desfigurándolo, con una media femenina. Portaba en su diestra una pistola «38» sin silenciador.

—¡Fobos! —exclamó War, tensando sus poderosos músculos.

—Veo que me has conocido, War, pero ya ves, yo también a ti. Siempre me ha gustado saber quiénes eran mis enemigos.

—Si no bajan las armas, Stiker lo pasará mal —advirtió Dan tratando de hacerse dueño de la situación.

Sabía que no tenía tiempo para desenfundar su «Browning». Antes de que su mano hubiera llegado a la sobaquera, Fobos y sus pandilleros le habrían convertido en una criba.

—¿Que liquidarás a Stiker? Bah, ya te ahorraré ese trabajo.

El propio «boss» de los

«Craw-Fish»,

viéndose perdido, suplicó:

—¡No, no, Fobos, no! ¡Me ha amenazado, no he podido hacer nada! ¡Yo pensaba jugarle una treta!

—Lo siento Stiker, pero un tipo que se deja intimidar por un pinchazo más o menos no me interesa. Te tenía confianza, así lo estipulamos el día que uniste tu banda a mis asuntos, pero ahora ya no me convienes.

—¡Vosotros, matadle, matadle! ¡Os lo ordeno yo, vuestro jefe! — chilló Stiker, como una rata a sus hombres, armados con metralletas «Thompson».

Los gangsters, no se movieron lo más mínimo. Se habían puesto del lado de Fobos. Ya no le consideraban su jefe.

—¿Lo ves, Stiker? Te has quedado solo. Lowell, tú te encargarás de la banda en adelante.

—O. K., Fobos —respondió el más estirado de lo que portaban metralleta—. Pero ¿y Stiker?

—No te preocupes por él, ya es hombre muerto.

—¡No, Fobos, no! —chilló Stiker.

Sonaron dos detonaciones amortiguadas, como sendas botellas de champaña descorchadas en una fiesta macabra.

Stiker encajó los balazos en el estómago y cayó desplomado sobre los montones de billetes allí acumulados.

War se quedó sin su prisionero, caído en desgracia entre los gangsters. Con el cuchillo en la mano, vaciló un instante. No sabía si lanzárselo al propio Fobos, acabando con él.

Con irónica sonrisa que se notó a través de malla, Fobos le previno:

—Cuidado con lo que haces, federal. Tenemos a una chica muy interesante entre nosotros.

—¡No será Violet...! —exclamó sorprendido.

—Hacedla pasar —ordenó.

Entraron dos tipos más. Entre ambos casi arrastraban a la pelirroja. Se hallaba amordazada y con las manos sujetas a la espalda.

—¡Maldito, si la tocas...! —Gruñó Dan como el perro que ve a un extraño atacando a su amo.

—Desármate tú mismo, federal, y a la chica no le sucederá nada.

—Está bien, tú ganas esta vez, pero aún no has reído el último.

—Te equivocas, federal, yo siempre río el último. Es una costumbre que aprendí desde pequeño y nunca me ha fallado.

Dan apretó las mandíbulas mientras Violet trataba en vano de zafarse de sus captores. Poco después le fue sacada del bolsillo el arma que arrebatara a Stiker con anterioridad.

—Atadlo a una silla, y a la chica también —ordenó Fobos.

Poco después Lowell, con una sonrisa, le aligeraba de la

«Browning» de la sobaquera, dejándolo completamente desarmado. Luego le ató a una silla con las manos a la espalda.

—¿Ya estás satisfecho, Fobos o Carlo Leoni Esperati? ¿Cómo prefieras que te llame?

—Eres listo, War, pero no tanto como te crees. —Se giró hacia los gangsters—. Llevaros la carroña de Stiker y salid, yo me quedaré aquí con éstos.

—Pueden ponerse tontos —advirtió Lowell.

—Bah, no te preocupes. Si me hacéis falta, ya os llamaré. Salid.

Poco después, Fobos se quedaba a solas con sus prisioneros. Cerró la puerta por dentro, asegurándose bien de que no podían verle desde el exterior, y comprobó que las espesas cortinas de todas las ventanas estuvieran corridas.

—Bueno, federal, tú vas a enterarte de algo que tu amiguita de Inglaterra ya sabe.

Violet miraba a Dan con ansiedad, más nada podía decirle por tener la boca amordazada.

—¿Es que acaso vas a revelarme que eres Esperati? —preguntó burlón.

—Sí, eso ya lo sabes.

—También sé que asesinaste a Silvana cuando te iba a descubrir.

—Es cierto.

—Y también que te has hecho quitar las huellas de los dedos, algo casi imposible de conseguir, pero que al parecer tú has logrado.

—Exacto, federal, yo siempre consigo lo que me propongo. Conocí a un excelente cirujano de estética y me quitó las yemas de los dedos. Me puso injertos de la pierna, de mi misma carne y por tanto han cogido bien. Lo bueno es que la piel de la pierna no tiene las huellas que el F. B. I. se dedica a coleccionar.

—De nada te servirá. En el laboratorio federal ya se han percatado de tu tipo de huellas.

—Inútil, War. Fíjate, fíjate bien. Ella ya lo sabe, pero tú te llevarás una sorpresa.

Fobos se quitó la media que le cubría la cara y Dan no pudo por menos que exclamar:

—¡Roy Cameron, el inspector! ¡No, no puedo creerlo...!

Fobos estalló en una carcajada demoníaca. Se sabía triunfador.

—Ahora comprendo por qué trataste de apartarme del caso. Querías quedarte tranquilo.

—Eso es, War. Como supondrás, yo no soy Roy Cameron, sino Esperati. El cirujano del que te he hablado me cambió la cara y me hizo la que yo deseaba, la de Roy Cameron. Salió bastante igual a la fotografía. ¿Qué otro rostro podía desear mejor que el del jefe del Departamento de Falsificación en Nueva York, si yo deseaba pasar billetes falsos?

—Eres maquiavélico, Esperati, pero toda tu astucia se vendrá abajo. La Ley siempre vence.

—Esta vez, no, federal, la Ley soy yo también. He ocupado el apartamento de tu jefe y allí precisamente capturé a tu paloma roja. También he ocupado la oficina con bastante éxito e incluso pude engañarte a ti, al sagaz Dan War.

—Pero el médico que te cambió la cara hablará.

—Imposible. El y su ayudante están muertos en un sótano secreto de la mansión que tenía el propio Walter van Hutowy. Creo que hasta ahora nadie ha encontrado sus cadáveres. Una vez pasó por delante de la casa y permanece cerrada. Es significativo, ¿no?

—Esto es una broma pesada, no puedes ser el que dices. En el coche vi la pitillera que la novia...

Antes de que terminara, Esperati extrajo la pitillera de su bolsillo y la mostró abierta, señalando la foto.

Ceñudo, War observó:

—Eso quiere decir que has asesinado al verdadero inspector Cameron.

—¡Oh, no! Lo liquidaré cuando ya no me sirva. De momento lo tengo aquí. —Se aproximó a una cortina roja y descorriéndola apareció una litera. El hombre que reposaba allí tenía la cara idéntica a Esperati.

—Cameron... Parece dormido, ¿qué le has hecho?

—De momento, dejarlo bien sujeto. Además, le inyecto unos soporíferos para que no moleste y duerma mucho.

—Sin embargo, no creo que él te haya explicado los pormenores del caso. Es un hombre íntegro.

—Sí, lo es, pero cuando le aplico la inyección de pentotal no pude hacer otra cosa que responder a las preguntas que yo le haga, siempre diciendo la verdad.

—¡Maldito canalla!

—No te excites, federal, cada uno emplea sus métodos. Yo, gracias al pentotal y a la memoria de Cameron, me he enterado de muchas cosas. Ahora, cuando voy a mi nuevo apartamento o al despacho del F. B. I, sé incluso hasta dónde guarda cada una de las cosas. Me he hecho un plano y Cameron me lo ha explicado todo con detalle, eso sí, sin perder su integridad, digamos que por culpa del pentotal, el suero de la verdad.

Dan sabía que debía actuar y cuanto antes o todo se habría perdido. Nadie iría a salvarlos, todos ignoraban que ellos estuvieran allí.

Con las manos a la espalda, sujetas tras el respaldo de la silla, intentó mover los dedos pese a que su piel se segaba por culpa de las fuertes ligaduras. Del interior de la correa del reloj sacó una minúscula y fina hoja de acero, escondida allí para casos especiales como el que estaba viviendo.

Comenzó a mover la hoja con habilidad, y las cuerdas se fueron seccionando a su espalda. Para ganar tiempo, alargó la conversación mientras era observado atentamente por Violet que, situada un par de yardas a un lado y ligeramente tras él, se percató de lo que estaba haciendo.

—Pero ¿y Gordon? ¿No pretendía encargarle del caso?

—Sí, iba a hacerlo, pero como yo era el único que sabía algo prefería encargarme yo mismo de todo. El infeliz de Gordon ha quedado al margen de esto. Ha sido una suerte para él, pues por poco que hubiera descubierto habría tenido que liquidarlo a la larga.

—Lo que también me extraña es que los guardianes de este muelle no se hayan percatado de nada. Se ve enseguida que la tripulación de este yate son unos pandilleros, hasta por su acento podrían identificarse como de Chicago.

—No te preocupes por los vigilantes, están pagados. Si te hubieras salido con la tuya, habrías podido encarcelarlos por cómplices, pero como quien gana la partida soy yo, seguirán donde están hasta que haya cambiado todo el dinero falso que tengo impreso.

—Lo que no entiendo es por qué liquidaste a tus compañeros, incluso a tu propia mujer en la mascarada de tu incineración.

—Ya lo has dicho bien, federal, aquello fue una mascarada. Ansiaba liquidarlos. Después de todo, quien había logrado la maravilla de los billetes falsos era yo y no quería compartirlo con nadie.

—A todos no, menos uno —corrigió War—. El fue precisamente quien me dio la pista para identificarte como Esperati.

—Ya, Angelo Brocone. Nunca creí que llegase a hablar. Los médicos no le dieron ninguna esperanza.

—El no habló, pero logramos entendernos con las manos. La verdad es que vivió hasta el instante en que hubo desahogado su alma.

—Imbécil... Bueno, después de todo, tampoco ha servido de nada, porque no irás a creer que a vosotros os dejaré vivos, ¿verdad?

—No, ya no me intereso por mí, pero me agrada saberlo todo antes de ir al infierno. Dime por qué mataste a tu mujer.

—Porque ella era peor que los demás. Sí, mi mujer, pero también quería su parte, no se fiaba de mí. Además, hacía tiempo que no me agradaba.

—¿Acaso te gustaba más Silvana Benini?

—Sí, pero a ella también tuve que pasaportarla, se puso demasiado pesada. Me acusó de haber asesinado a su padre, cuando en realidad la muerte se la buscó él mismo, por idiota. Hizo lo que yo le tenía prohibido, armar escándalo. Era un borracho. Por Silvana lo saqué de la miseria, y el viejo chupó bastante de mi dinero a costa de mis relaciones con su hija. Ahora estoy sin chicha, a lo mejor no liquido hoy a la inglesita y me la llevo a mi camarote. Después de todo, las pelirrojas también son mi tipo.

Violet, al sentirse aludida, sufrió un escalofrío de terror. Antes de caer en manos de semejante monstruo pretería morir.

—Hay otro punto que no has aclarado, Esperati.

—¿Cuál?

—El de Salvatore Benini, que ocupó tu puesto en el horno crematorio.

—Ah, aquello fue también una excelente jugada. Me enteré después, por una carta de mi mujer que había quedado dirigida a mí por si no tenía tiempo de salir de las manos del cirujano. Verás, tres médicos certificaron la muerte de Salvatore, fue una muerte

natural, eso sí. El chico tuvo la estupidez de morir en el momento oportuno para mí. Una vez certificada su muerte, cambiaron el nombre de los documentos. Le pusieron una mascarilla mía sobre el rostro, lo arreglaron y la noticia corrió como reguero de pólvora. Nadie se percató de la farsa. No me extrañaría que hombres ansiosos por desaparecer rápidamente del mundo de los vivos, pero sin dejar de vivir, copiaran mi método.

—Sí, no está mal, pero ahora que despierta el verdadero Cameron...

—¿Que despierta?

Ante la indicación de War, Esperati se giró hacia la litera donde yacía inconsciente el inspector. Al verlo inmóvil quiso reaccionar, pero ya era tarde.

Dan, cortadas ya sus ligaduras, se había puesto en pie y tomando la silla con sus manos, acababa de arrojarla contra Esperati, que fue derribado espectacular y dolorosamente.

—¡Se ha terminado tu historia, Fobos! —masculló saltando sobre la larga mesa y lanzándose en plancha contra el falsificador.

—¡Todavía no has vencido, federal!

Rodaron uno por encima del otro.

War, más ágil, logró apoderarse de la «38» con silenciador, tras arrebatársela a su dueño en aquella lucha a muerte.

Al verse desarmado, consciente de que si era detenido acabaría en la silla eléctrica, Esperati saltó sobre uno de los sofás aplicados a la pared. Después se lanzó contra una de las cortinas que protegían las ventanas.

Su intención era salir por el medio más rápido, costara lo que costara, ya que no tenía tiempo para recorrer los cerrojos de la puerta.

Al advertir su deseo, War ordenó:

—¡Quieto, Fobos!

Pero no fue obedecido y el cristal se partió en mil pedazos. Antes de que su enemigo escapara, el federal disparó contra él por dos veces, y el bandido cayó muerto con medio cuerpo colgando fuera de la ventana.

—¿Qué ocurre? —gritó Lowell.

Otro respondió:

—¡Han matado al jefe, no lleva la media, pero seguro que es él,

por el traje!

Dan corrió hasta el conmutador de las luces del salón y lo apagó de golpe. Apartó rápidamente a Violet de una posible línea de tiro, quitándole las ligaduras.

—¡Eh, vosotros, salid de ahí dentro u os llenaremos de plomo! —amenazaron asomando por la ventana el cañón de una «Thompson».

Dan y Violet, y por supuesto el dormido inspector, no respondieron al ultimátum. Segundos después, una ráfaga de ametralladora barría cuanto había en el salón a media altura. El silencio fue la respuesta que obtuvieron los «Craw-Fish»

al frente de su nuevo jefe.

—¡Traed una linterna! —pidió uno de aquellos tipos.

Poco después, un haz de luz, acompañado de un siniestro cañón de metralleta, barrió el salón. De repente, dos fogonazos cortaron su marcha.

—¡Me ha dado! —aulló el gángster, mortalmente herido.

La linterna y el ametrallador cayeron al interior del salón. Dan reptó por el suelo hasta apoderarse de ambas cosas. Se puso en pie súbitamente, encañonando la ventana y exclamó:

—¡Entregaos al

F. B. I.!

Al otro lado sonaron unas risas. Uno de los forajidos gritó:

—¡Te quedan pocas balas, amigo, y te liquidaremos más tarde o más temprano! ¡Estás metido en una ratonera sin escapatoria, luego daremos cuenta de la chica!

—¡Vosotros lo habéis querido! ¡En nombre del

F. B. I.,

buen viaje hasta el infierno!

Apretó el gatillo de la «tartamuda» y disparó una ráfaga en forma de abanico. Primero fueron perforadas las cortinas. Tras ellas, los cristales quedaron hechos añicos y tres de los gangsters encajaron el plomo.

Sólo uno de ellos quedó con vida y trató de escapar saltando hacia la pasarela, pues se daba cuenta de que ya estaba solo.

Dan saltó sobre el sofá como hiciera el propio Folios. Apartó la cortina y por entre las ventanas destrozadas por los disparos, asomó

la cabeza y la metralleta. Aún tuvo tiempo de ver correr al gángster.

Apuntó hacia él, apretó suavemente el gatillo y le vio caer abatido por las balas cuando ya había avanzado más de cincuenta yardas por el muelle.

—¡Dan, qué horror!

—No temas, Violet, todo ha terminado. Esos asesinos han pagado sus crímenes. Ellos se han buscado una muerte sin previo juicio, aunque los jueces les hubieran empujado hasta la silla eléctrica. Ahora llamaremos por el teléfono interior al F. B. I, para que vengan los compañeros a hacerse cargo de todo esto. Tú y yo tenemos trabajo. Mañana se encargarán ellos de recoger el dinero falso y detener a los que están apuntados en la lista, también a los vigilantes del muelle que se han dejado sobornar.

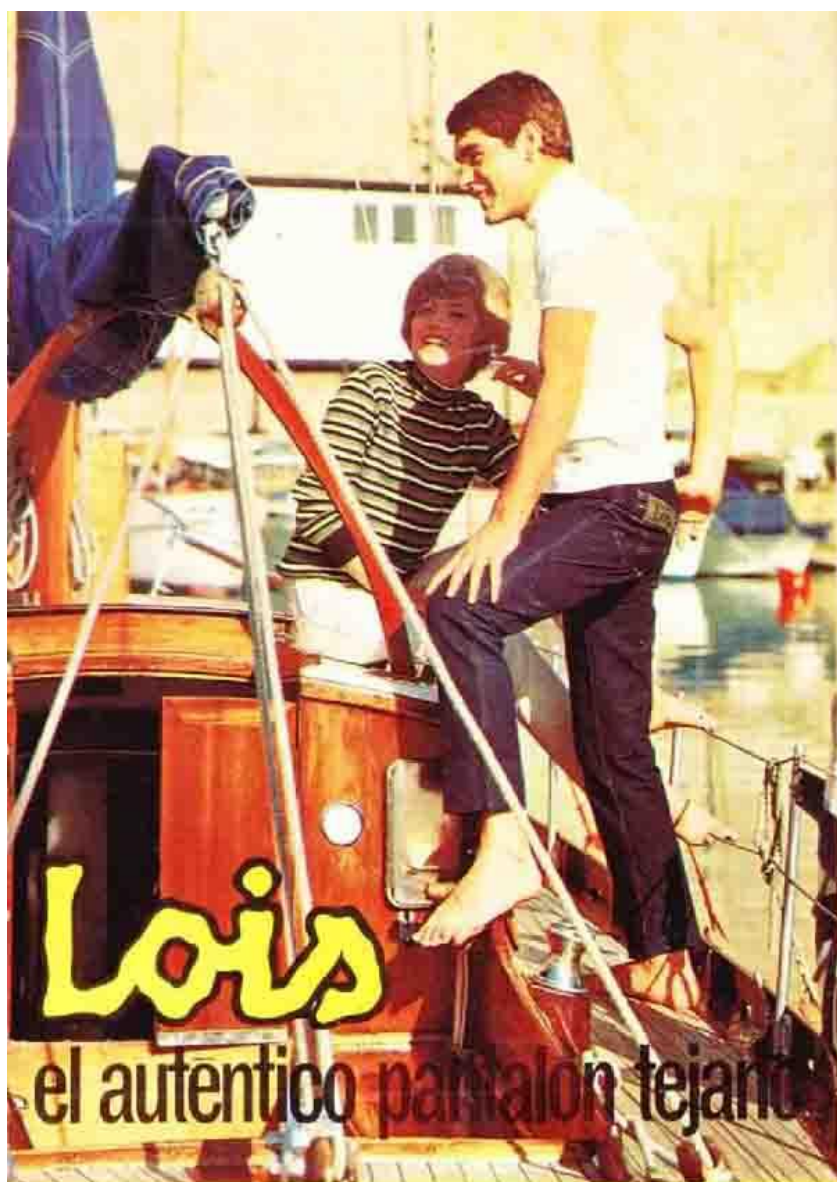
—Pero, Dan, ¿qué tendremos que hacer nosotros para no poderles ayudar?

—Casarnos, preciosa, ya lo sabes, para que el mundo del crimen coja miedo ante la unión del F. B. I, y Scotland Yard. Ah, por cierto, si el durmiente inspector Cameron no lo impide cuando despierte, de viaje de novios, te mostraré Quántico. Te advierto que yo fui el último de mi promoción. Los maestros volverán la cara al verme.

—¡Oh, Dan, te amo, te amo!

Y un beso largo, ansioso, un beso que habrían de emular día a día, los unió. Eran jóvenes y la sangre corría cálida por sus venas. El F. B. I, ya había dejado de preocuparse por Fobos.

FIN



Lois

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

Notas

[1] La «Browning» puede disparar todo su cargador (siete balas) en 1,5 segundos. (N. del A.). < <